



Los  
movimientos  
de  
Dios



OSVALDO REBOLLEDA

Los  
movimientos  
de **Dios**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Corrección solo ortográfica: **IA -**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>PARTE I: <u>La naturaleza del Dios que se mueve.</u></b>	
Capítulo uno:	
<b>Un Dios en constante acción.....</b>	<b>10</b>
Capítulo dos:	
<b>Omnipresencia Vs. Manifestación.....</b>	<b>16</b>
Capítulo tres:	
<b>El ritmo de Dios, tiempos y temporadas.....</b>	<b>22</b>
Capítulo cuatro:	
<b>El error del hombre, moverse sin Dios.....</b>	<b>28</b>
<b>PARTE II: <u>Patrones bíblicos de los movimientos de Dios.</u></b>	
Capítulo cinco:	
<b>Cuando el hombre se esconde.....</b>	<b>34</b>
Capítulo seis:	
<b>Entrar en escena donde Dios se mueve.....</b>	<b>39</b>
Capítulo siete:	
<b>Salir y andar para alinearse.....</b>	<b>44</b>
Capítulo ocho:	
<b>Corregir el rumbo cuando es necesario.....</b>	<b>50</b>
Capítulo nueve:	
<b>El movimiento en lo oculto.....</b>	<b>55</b>
Capítulo diez:	
<b>Siguiendo el mover de la nube.....</b>	<b>61</b>
Capítulo once:	
<b>Obrando en estrategias divinas.....</b>	<b>66</b>
Capítulo doce:	
<b>El movimiento de los reyes.....</b>	<b>71</b>

**PARTE III: Cristo la revelación perfecta.**

Capítulo trece:

**Alineación total con el Padre.....78**

Capítulo catorce:

**Religiosos Vs. Entendidos espirituales.....83**

Capítulo quince:

**La regeneración y la percepción del Reino.....89**

**PARTE IV: El Espíritu y la Iglesia.**

Capítulo dieciséis:

**El Espíritu Santo nuestro guiador.....95**

Capítulo diecisiete:

**Cuando la Iglesia pierde el mover.....100**

Capítulo dieciocho:

**Actividad Vs. Dirección.....105**

Capítulo diecinueve:

**Discernir el mover de Dios hoy.....,110**

**PARTE V: Una Iglesia que se mueve correctamente.**

Capítulo veinte:

**La actitud espiritual de Moisés.....116**

Capítulo veintiuno:

**Oír las trompetas del Espíritu.....121**

Capítulo veintidós:

**Vivir, movernos y ser en Él.....127**

Capítulo veintitrés:

**Reforma necesaria.....132**

**Reconocimientos.....137**

**Sobre el autor.....139**

# INTRODUCCIÓN

“Un Dios que se mueve...  
y un pueblo que debe aprender a seguirle”

Vivimos en un tiempo cargado de movimientos, pero no todo lo que se mueve proviene de Dios. En la Iglesia actual, hay actividades, hay programas, hay reuniones, hay palabras, hay estructuras... pero no necesariamente hay dirección divina. Se ha vuelto común confundir movimiento con vida, ruido con presencia, y actividad con aprobación de Dios. Sin embargo, las Escrituras nos revelan una verdad innegociable: nuestro Dios no es estático, no es pasivo, no es una idea teológica atrapada en páginas antiguas; nuestro Dios está vivo, y Él ciertamente se mueve.

Desde el principio, la revelación bíblica nos muestra a un Dios que camina, que palpa, que habla, que interviene, que guía, que corrige, que se manifiesta. Un Dios que se acerca al hombre, pero que no siempre es seguido por él. Y ahí comienza el drama espiritual que atraviesa toda la historia: Dios se mueve... pero el hombre no siempre se mueve con Él.

Este libro nace desde la observación de esa tensión. No se trata simplemente de estudiar relatos bíblicos, sino de discernir un patrón eterno: cada vez que el hombre pudo alinearse con los movimientos de Dios, hubo vida, propósito, provisión y victoria; pero cada vez que el hombre decidió moverse por su cuenta, o quedarse quieto cuando Dios estaba

avanzando, el resultado fue pérdida, confusión, derrota y estancamiento.

El problema nunca ha sido la falta de poder en Dios, el problema ha sido, y sigue siendo, la desconexión del hombre respecto a Su dirección. Muchos saben que Dios existe, muchos conocen las Escrituras y participan en actividades espirituales. Pero no todos están donde Dios se está moviendo, y esta es una de las tragedias más silenciosas de nuestro tiempo.

Hay generaciones enteras que viven dentro de estructuras religiosas, pero fuera del fluir del Espíritu. Hay líderes que sostienen posiciones que Dios nunca les asignó, y hay iglesias que perseveran en dinámicas que Dios ya no está respaldando. Al mismo tiempo, hay movimientos de Dios que están siendo ignorados, resistidos o simplemente no discernidos.

La verdad es que podemos estar muy ocupados, y completamente fuera de la voluntad de Dios. Podemos hablar mucho de Él, y no caminar con Él. Podemos incluso defender doctrinas correctas y, aun así, estar perdiéndonos el momento divino. Esto no es extraño le está pasando a muchos ministros hoy en día.

Tampoco es nuevo, los hombres religiosos del tiempo de Jesús conocían las profecías, sabían interpretar los textos, podían enseñar con autoridad, pero no supieron reconocer al Mesías cuando estuvo frente a ellos. Sabían discernir el

clima, pero no los tiempos espirituales. Tenían información, pero carecían de percepción, y hoy, el riesgo sigue siendo el mismo.

Este libro no es una invitación a la actividad, sino a la alineación. No es un llamado a hacer más, sino a movernos correctamente. No es una enseñanza para acumular conocimiento, sino para desarrollar discernimiento espiritual. Porque vivir en el Reino no consiste en avanzar a cualquier costo, sino en avanzar cuando Dios avanza, y detenernos cuando Dios se detiene.

La fe verdadera no es un impulso humano; es respuesta a la dirección divina. Por eso, a lo largo de estas páginas, recorreremos las Escrituras no solo para recordar historias conocidas, sino para descubrir los movimientos de Dios en cada una de ellas. Desde el Edén hasta la Iglesia, veremos cómo Dios ha estado obrando, guiando, llamando, y cómo el hombre ha respondido, a veces correctamente, y muchas otras, equivocadamente.

Veremos que Dios es omnipresente, pero no siempre se manifiesta de la misma manera. Que Su presencia puede estar disponible, pero no necesariamente evidente. Que hay lugares, personas y momentos donde Él decide revelarse con mayor claridad, y que nuestro desafío no es atraer a Dios a sus propios planes, sino entrar en los planes donde Dios ya está obrando.

Este libro también confrontará una realidad incómoda: no todo lo que se hace en nombre de Dios cuenta con Su respaldo. Hay decisiones que Él no autorizó, hay caminos que Él no diseñó, hay movimientos que Él no inició, y cuando el hombre insiste en avanzar sin Dios, inevitablemente termina enfrentando las consecuencias de su propia desconexión.

Pero también hay una verdad gloriosa: cuando nos alineamos con Dios, todo cambia. Aun en medio del desierto, hay provisión. Aun en medio de la incertidumbre, hay dirección. Aun en medio de la debilidad, hay respaldo divino. Porque donde Dios se mueve, siempre hay vida y bendición.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita recuperar esta sensibilidad. No podemos seguir funcionando por inercia espiritual, ni sosteniendo estructuras vacías de presencia. No podemos conformarnos con hacer cosas para Dios, cuando fuimos llamados a caminar con Él y en Él.

Necesitamos volver a escuchar las “trompetas”, a discernir los tiempos, a reconocer Su voz, y a ajustar nuestros pasos al ritmo del cielo. El anhelo debe ser el mismo que tuvo Moisés en el desierto: no movernos si Él no se mueve... y no quedarnos quietos si Él está avanzando. Porque al final, las pregunta que define nuestra vida no es cuánto hicimos, sino algo mucho más profundo: ¿Estuvimos donde Dios se estaba moviendo? ¿Estamos dónde Él está? ¿Nos moveremos cuando Él se mueva?

PARTE I

**LA NATURALEZA  
DEL DIOS  
QUE SE MUEVE**

# Capítulo uno

## UN DIOS EN CONSTANTE ACCIÓN

*“Grandes son las obras del Señor; las estudian todos los que se deleitan en ellas”.*

Salmos 111:2 NVI

Hablar de Dios como alguien vivo no es simplemente una afirmación doctrinal, es una declaración que debería sacudir por completo la manera en que vivimos la fe. Porque si Dios está vivo, entonces no puede ser reducido a conceptos, estructuras mentales o sistemas religiosos.

Un Dios vivo necesariamente es un Dios que se mueve, que actúa, que interviene, que habla, que corrige, que guía y que transforma. La Escritura no presenta a un Dios estático, inmóvil o distante, sino a un Dios dinámico, cercano y profundamente involucrado en la historia del hombre.

Desde el principio, la revelación bíblica nos muestra a un Dios en acción. En Génesis no vemos a un Dios observando la nada, sino a un Dios creando, ordenando, separando, estableciendo. **“Y dijo Dios...”** (Génesis 1:3), y

esa expresión se repite como un latido divino que marca el ritmo de toda la creación. Dios habla y las cosas suceden. Dios se mueve y el caos se convierte en orden. Dios interviene y lo inexistente toma forma. Esto no es solo el inicio de la historia, es la revelación de Su naturaleza: Él es un Dios activo.

El problema comienza cuando el hombre, con el paso del tiempo, empieza a relacionarse con Dios más desde la idea que desde la experiencia. Se construyen conceptos, doctrinas, tradiciones, incluso teologías correctas en muchos aspectos, pero desconectadas de la realidad viva de un Dios que sigue actuando. Entonces la fe deja de ser una relación dinámica y se convierte en una estructura rígida. Se cree en Dios, pero no se camina con Dios. Se habla de Él, pero no se discierne Su mover. Se le menciona, pero no se le sigue.

Aquí es donde nace una de las distorsiones más peligrosas dentro de la vida espiritual: la fe estática. Una fe que no espera nada, que no discierne nada, que no responde a nada. Una fe que ha sido domesticada por la rutina, por la tradición o por el conformismo espiritual. Pero el testimonio de la Escritura confronta esa pasividad.

**Hebreos 11:6** declara: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”*. No dice que recompensa a los que saben acerca de Él, sino a los que le buscan. La búsqueda implica

movimiento, implica intención, implica sensibilidad a un Dios que no está quieto.

Cuando Jesús aparece en escena, esta realidad se vuelve aún más evidente. Él no vino a establecer un sistema religioso, vino a manifestar el Reino de Dios en movimiento. Cada paso que daba, cada palabra que soltaba, cada milagro que realizaba, era evidencia de que el cielo estaba invadiendo la tierra.

En **Juan 5:17**, Jesús declara: *“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”*. Esta afirmación es profundamente reveladora. Dios no dejó de actuar después de la creación; Él sigue obrando. Y Jesús no hace otra cosa que alinearse perfectamente a ese obrar continuo del Padre.

Esto rompe completamente con la idea de un Dios pasivo. Si el Padre trabaja hasta ahora, entonces el Reino no es un recuerdo del pasado, es una realidad presente. Si el Padre se mueve, entonces la vida espiritual no puede ser una repetición mecánica de prácticas, sino una respuesta constante a ese mover divino.

Jesús mismo dijo en **Juan 5:19**: *“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre”*. Esto nos introduce en una dimensión más profunda: no solo Dios se mueve, sino que hay una manera correcta de moverse con Él, que es observando, discerniendo y respondiendo a lo que Él está haciendo.

Aquí es donde muchos se pierden. Porque es más fácil sostener una estructura que desarrollar sensibilidad espiritual. Es más cómodo repetir lo conocido que caminar en dependencia. Pero el Reino no funciona por inercia, funciona por dirección. Y la dirección solo es posible cuando se reconoce que Dios está vivo y en constante acción.

El libro de los Hechos es una evidencia contundente de esto. La Iglesia primitiva no operaba desde planes humanos bien organizados, sino desde una dependencia radical del Espíritu Santo. **Hechos 13:2** dice: *“Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”*. Aquí no vemos una reunión estratégica basada en análisis humano, sino una comunidad sensible a la voz de Dios en tiempo real. Dios habla, Dios dirige, Dios envía. Y la Iglesia responde.

El contraste con gran parte de la Iglesia actual es evidente. Se ha sustituido la dependencia por la planificación, la dirección divina por la lógica humana, el discernimiento espiritual por la experiencia acumulada. Y aunque muchas cosas puedan funcionar externamente, eso no significa que estén alineadas con el movimiento de Dios. Porque algo puede ser exitoso en términos humanos y, sin embargo, estar completamente desconectado del obrar divino.

Por eso es urgente volver a esta verdad fundamental: Dios está vivo. No como una frase teológica, sino como una realidad que redefine nuestra manera de vivir. Un Dios vivo no puede ser ignorado. Un Dios vivo no puede ser controlado.

Un Dios vivo no puede ser reducido a nuestras agendas. Él se mueve según Su voluntad, en Sus tiempos, con Sus propósitos. Y la vida espiritual auténtica consiste en aprender a discernir esos movimientos y alinearnos a ellos.

El peligro de no entender esto es terminar viviendo una vida espiritual desconectada de la realidad del Reino. Se puede tener lenguaje cristiano, prácticas religiosas, incluso conocimiento bíblico, y aun así no estar caminando con Dios. Porque caminar con Dios no es simplemente creer en Él, es movernos con Él.

En **Génesis 5:24** se dice de Enoc: ***“Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios”***. Caminar con Dios implica sincronía, implica acuerdo, implica dirección compartida. No es el hombre arrastrando a Dios a sus planes, es el hombre ajustando su vida al paso de Dios. Y eso solo es posible cuando se reconoce que Dios no está quieto.

Este capítulo no es solo una enseñanza, es una confrontación amorosa pero firme. Porque si Dios está vivo, entonces la pregunta inevitable es: ¿estamos respondiendo a ese Dios vivo, o como Iglesia estamos funcionando dentro de una estructura muerta? ¿Estamos discerniendo Su voz o simplemente repitiendo lo que aprendimos en un seminario? ¿Estamos caminando con Él o caminando solo en nombre de un ministerio?

El Reino de Dios no es un concepto que se estudia, es una realidad que se vive. Y esa vida comienza cuando se reconoce que Dios está activo ahora, no ayer, no solo en los relatos bíblicos, sino hoy. Él sigue hablando, sigue guiando, sigue interviniendo. Y aquellos que desarrollemos sensibilidad a Su mover, somos los que verdaderamente participaremos de Su propósito.

Porque al final, no se trata de cuánto sabemos de Dios, sino de cuánto nos movemos en Él y con Él.

***“Pues en él vivimos, nos movemos y existimos. Como dijeron algunos de sus propios poetas: Nosotros somos su descendencia”.***

Hechos 17:28 NTV



## Capítulo dos

# OMNIPRESENCIA Vs. MANIFESTACIÓN

*“¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás”*

Salmos 139:7 y 8

Uno de los conceptos más conocidos acerca de Dios, y a la vez uno de los menos comprendidos en su aplicación práctica, es el de Su omnipresencia. Decir que Dios está en todo lugar es correcto, es bíblico, es innegable. El salmista lo expresó con claridad al considerar su incapacidad de huir o esconderse de la presencia de Dios.

No existe espacio, dimensión o lugar donde Dios no esté. Él llena todo, lo sostiene todo, lo penetra todo. Sin embargo, entender esto sin equilibrio puede llevar a una confusión peligrosa: creer que, porque Dios está en todo lugar, necesariamente se manifiesta en todo lugar.

Aquí es donde debemos detenernos con reverencia y precisión espiritual. Porque la omnipresencia de Dios habla

de Su naturaleza, pero la manifestación de Dios habla de Su voluntad. Dios está en todo, pero no se revela en todo. Dios está presente en cada rincón del universo, pero no en todos los lugares Su presencia es experimentada, percibida o manifestada de la misma manera.

Este es un punto clave para entender los movimientos de Dios. Porque si no se distingue entre presencia y manifestación, se corre el riesgo de vivir una fe superficial, donde todo se vuelve igual, donde no hay búsqueda, donde no hay discernimiento, donde no hay hambre por Su presencia activa. Se termina cayendo en una especie de conformismo espiritual que dice: “Dios está en todas partes, así que no necesito buscar nada más”. Pero esa afirmación, aunque teológicamente correcta, es espiritualmente incompleta.

La Escritura está llena de momentos donde Dios, aunque siempre presente, decide manifestarse de manera específica en determinados lugares, tiempos y personas. Moisés tuvo un encuentro con Dios en una zarza ardiente que no se consumía. Y en ese momento, Dios le dijo: ***“No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es”*** (Éxodo 3:5).

La pregunta es inevitable: ¿acaso ese lugar no era tierra de Dios antes de la manifestación? Claro que lo era. Pero en ese momento, Dios decidió revelarse de una manera particular, y esa manifestación transformó ese espacio común en un lugar santo.

Lo mismo ocurrió con Jacob cuando huyó y, en medio del cansancio, se quedó dormido usando una piedra como almohada. En ese estado, tuvo una visión de una escalera que conectaba el cielo y la tierra, con ángeles que subían y descendían. Al despertar, declaró: ***“Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía”*** (Génesis 28:16). Dios estaba allí antes de la visión, pero Jacob no lo había percibido. La manifestación de Dios abrió sus ojos a una realidad que siempre estuvo, pero que no era experimentada.

Esto nos introduce en una dimensión más profunda: no se trata solo de dónde está Dios, sino de dónde Dios se está manifestando, y aún más, de quién tiene la sensibilidad espiritual para discernirlo. Porque la manifestación de Dios no es automática, ni generalizada, ni indiscriminada. Está ligada a Su propósito, a Su diseño, y muchas veces, a la disposición del corazón humano.

Jesús mismo confirmó esta verdad cuando dijo: ***“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”*** (Juan 14:23). Dios está en todo lugar, pero no hace morada en todos. Hay una diferencia entre la presencia universal de Dios y la manifestación íntima de Dios. Esta última está reservada para aquellos que responden, que aman, que obedecen, que se disponen.

Aquí es donde la vida espiritual deja de ser teórica y se vuelve profundamente relacional. Porque no basta con saber que Dios está, es necesario experimentar que Dios está. No

basta con afirmar Su existencia, es necesario discernir Su manifestación. Y esto requiere algo que muchos han dejado de cultivar: “sensibilidad espiritual”.

La falta de esta sensibilidad ha llevado a muchos a vivir desconectados del mover de Dios, aun estando rodeados de actividad religiosa. Se canta, se predica, se sirve, se asiste, pero no necesariamente se experimenta la manifestación de Dios. Y esto no es un problema de Dios, es un problema de percepción, de alineación, de hambre espiritual.

Hay lugares donde Dios se manifiesta y otros donde, aunque Él está, no se revela de la misma manera. Y esto no tiene que ver con favoritismo, sino con condiciones espirituales. Donde hay hambre, Él se manifiesta. Donde hay fe, Él se revela. Donde hay obediencia, Él habita. **Santiago 4:8** lo declara con claridad: *“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros”*. No está hablando de distancia física, está hablando de disposición espiritual.

El gran peligro de no entender esta diferencia es caer en una espiritualidad pasiva, donde no se busca, donde no se anhela, donde no se persigue la presencia manifiesta de Dios. Pero aquellos que han entendido esto, viven de otra manera. No se conforman con saber que Dios está en todo lugar, anhelan estar en el lugar donde Dios se está manifestando.

Esto redefine completamente la vida del creyente. Porque ya no se trata solo de prácticas espirituales, sino de posicionamiento espiritual. ¿Dónde está Dios obrando?

¿Dónde está hablando? ¿Dónde está manifestándose? Y más aún: ¿estamos nosotros alineados a ese tiempo y lugar?

El tabernáculo en el desierto es otro ejemplo claro. Dios llenaba el lugar con Su gloria de manera visible. **Éxodo 40:34** dice: *“Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de Jehová llenó el tabernáculo”*. Dios estaba en todo el campamento, pero Su manifestación reposaba en un lugar específico. Y el pueblo sabía que su vida dependía de mantenerse alineado con esa manifestación. Cuando la nube se movía, ellos se movían. Cuando la nube se detenía, ellos se detenían.

Esto nos lleva a una verdad ineludible: no todo lugar es igual, no todo momento es igual, no toda experiencia es igual. Hay momentos donde Dios se manifiesta de manera especial, y aquellos que están atentos, que disciernen, que se alinean, son los que participan de ese mover.

Por eso, más que afirmar la omnipresencia de Dios, el desafío es vivir conscientes de Su manifestación. Porque es en Su manifestación donde hay dirección, donde hay transformación, donde hay vida. La omnipresencia nos da seguridad, pero la manifestación nos da propósito.

La pregunta entonces no es solo si creemos que Dios está en todo lugar. La pregunta es mucho más confrontativa y mucho más reveladora: ¿estamos donde Dios se está manifestando, o simplemente estamos donde siempre hemos estado, entre las cuatro paredes de un templo, asumiendo que

Él está con nosotros sin discernir si realmente se está moviendo allí?

Porque en el Reino, no gana el que más sabe acerca de Dios, sino el que discierne dónde Él se está revelando y decide alinearse a ese tiempo y lugar.



## Capítulo tres

# EL RITMO DE DIOS TIEMPOS Y TEMPORADAS

*“Tú eres el Dios que hace maravillas;  
Hiciste notorio en los pueblos tu poder.”*

Salmo 77:14

Uno de los conflictos más silenciosos, pero más determinantes en la vida espiritual, es la tensión entre el ritmo de Dios y el ritmo del hombre. Porque, aunque Dios se mueve, no lo hace de manera desordenada, impulsiva o improvisada. Él se mueve con precisión, con intención y dentro de tiempos perfectamente establecidos. El problema es que el ser humano, acostumbrado a la inmediatez, a la lógica visible y al control, rara vez sabe esperar, discernir o sincronizarse con ese ritmo divino.

La Escritura revela que Dios no solo actúa, sino que también establece tiempos. **Eclesiastés 3:1** lo expresa con una claridad contundente: *“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”*. Esta no es una frase poética, es una declaración espiritual que define cómo opera el Reino.

Dios no hace las cosas cuando el hombre quiere, ni como el hombre quiere. Él actúa en Su tiempo, y ese tiempo siempre es perfecto, aunque muchas veces incomprendible desde la perspectiva humana.

Aquí es donde muchos se desalinean. Porque al no entender los tiempos de Dios, se frustran, se adelantan o se detienen cuando no deberían. Algunos quieren vivir en cumplimiento cuando todavía están en proceso. Otros abandonan en medio de la formación porque no ven resultados inmediatos. Y otros, aún más peligrosamente, intentan provocar movimientos que Dios todavía no ha iniciado.

El ritmo de Dios no es lineal ni uniforme. Está compuesto por temporadas, y cada temporada tiene un propósito específico. Hay tiempos de llamado, donde Dios despierta una convicción interna, una dirección, una carga espiritual. Son momentos donde algo comienza a gestarse en el corazón, aunque todavía no haya forma visible. Jeremías experimentó esto cuando Dios le dijo: ***“Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué”*** (Jeremías 1:5). El llamado precede a la manifestación.

Luego vienen los tiempos de formación. Y aquí es donde muchos fallan, porque esta temporada no suele ser visible, ni reconocida, ni celebrada. Es el tiempo del desierto, del anonimato, del proceso interno. Moisés pasó cuarenta años en el desierto antes de ser usado para liberar a Israel. David fue ungido como rey, pero tuvo que atravesar

persecuciones, cuevas y rechazos antes de sentarse en el trono. Jesús mismo, antes de iniciar su ministerio público, vivió treinta años en preparación y luego fue llevado al desierto por el Espíritu (**Mateo 4:1**). El Reino no salta procesos. Todo lo que Dios usa, primero lo forma.

También están los tiempos de silencio. Y estos son particularmente desafiantes, porque parecen contradecir todo lo anterior. Son momentos donde Dios no habla como antes, donde no hay señales claras, donde todo parece detenido. Pero el silencio de Dios no es ausencia, es profundidad. Es en el silencio donde se prueba la fe, donde se purifican las motivaciones, donde se fortalece la dependencia. Abraham recibió promesas, pero tuvo que esperar años sin ver su cumplimiento. Y en esa espera, su fe fue procesada.

Finalmente, están los tiempos de acción. Momentos donde lo que fue llamado, formado y procesado, comienza a manifestarse. Son temporadas de movimiento visible, de cumplimiento, de avance. Pero incluso estos tiempos requieren discernimiento, porque no todo lo que se mueve es de Dios, y no todo lo que parece oportunidad es dirección divina.

El gran peligro es no discernir en qué temporada se está. Porque cuando alguien vive fuera del tiempo de Dios, inevitablemente entra en frustración. El que se adelanta, termina forzando situaciones que no tienen sustento espiritual. El que se atrasa, pierde oportunidades divinas. Y

el que no entiende el proceso, se desgasta intentando producir resultados que solo pueden venir en el tiempo correcto.

Un ejemplo claro de esto es Saúl. En **1 Samuel 13**, ante la presión del pueblo y la aparente tardanza de Samuel, decide ofrecer el sacrificio por su cuenta. Desde una perspectiva humana, parecía una decisión lógica. Pero desde la perspectiva del Reino, fue una desobediencia grave. No respetó el tiempo ni el orden de Dios. Y esa acción le costó su reinado. Porque en el Reino de Dios, no solo importa hacer lo correcto, sino hacerlo en el tiempo correcto.

Por otro lado, vemos a David, quien, a pesar de haber sido ungido, no tomó el trono por la fuerza. Tuvo oportunidades de eliminar a Saúl, pero decidió esperar el tiempo de Dios. Y esa espera no fue pasiva, fue una espera activa, llena de formación, de dependencia y de crecimiento espiritual. David entendió algo que muchos aún no comprenden: no se trata solo de llegar, se trata de llegar en el tiempo de Dios.

Jesús era verdaderamente Dios, pero también era verdaderamente hombre, y como hombre vivió completamente alineado al ritmo divino. En **Juan 2:4**, ante la petición de su madre en las bodas de Caná, respondió: ***“Aún no ha venido mi hora”***. Él no se movía por presión, ni por necesidad, ni siquiera por oportunidad. Se movía por tiempo. Y más adelante, en **Juan 7:6**, dice: ***“Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto”***. Luego ocurrió lo mismo a la hora de aceptar su crucifixión,

aunque Pedro trató de reconvenirlo, Él sabía que su hora había llegado. Los seres humanos siempre tenemos urgencias, pero Jesús nos enseñó a obrar con precisión.

Discernir los tiempos de Dios requiere intimidad. No se trata de conocimiento intelectual, sino de sensibilidad espiritual. Solo aquellos que caminan cerca de Él pueden percibir cuándo es tiempo de avanzar, cuándo es tiempo de esperar, cuándo es tiempo de callar y cuándo es tiempo de actuar.

El problema de muchos hoy no es falta de deseo, es falta de sincronía. Quieren moverse con Dios, pero no han aprendido a caminar a Su paso. Y caminar con Dios implica ajustar el ritmo, no imponer el propio. Implica rendir la ansiedad, someter la lógica y confiar en que Su tiempo es mejor que cualquier impulso humano.

Hay puertas que no deben abrirse antes de tiempo, porque lo que se obtiene fuera del tiempo de Dios, no tiene la gracia para sostenerse. Hay decisiones que no deben tomarse apresuradamente, porque lo que nace en la carne, no puede producir fruto espiritual. Y hay procesos que no deben evitarse, porque son los que preparan el carácter para sostener lo que viene.

**Gálatas 6:9** lo resume con sabiduría: *“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”*. No dice “cuando

queramos”, dice *“a su tiempo”*. Y ese tiempo no lo define el hombre, lo define Dios.

Por eso, entender el ritmo de Dios no es un detalle menor, es una necesidad vital. Porque no basta con estar en el lugar correcto, hay que estar en el momento correcto. No basta con hacer lo correcto, hay que hacerlo en el tiempo correcto. Y eso solo es posible cuando la vida está alineada, no solo a la voluntad de Dios, sino también a Sus tiempos.

La pregunta entonces no es si estamos haciendo cosas para Dios. La pregunta es más profunda: ¿estamos caminando al ritmo de Dios, o estamos corriendo delante de Él o tal vez quedándonos atrás? Porque en el Reino, no gana el más rápido, ni el más activo, sino el que aprende a moverse cuando Dios se mueve y a detenerse cuando Dios se detiene.



## Capítulo cuatro

# EL ERROR DEL HOMBRE MOVERSE SIN DIOS

*“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”.*

Proverbios 3:5 Y 6

Si hay algo que la historia bíblica revela con una claridad contundente, es que no todo movimiento es sinónimo de dirección divina. El hombre puede moverse, decidir, avanzar, construir, incluso lograr resultados visibles, y aun así estar completamente fuera del propósito de Dios. Porque en el Reino, el problema no es la falta de movimiento, sino el movimiento sin Dios.

Este es uno de los errores más comunes y a la vez más peligrosos: asumir que hacer algo para Dios equivale a hacerlo con Dios. Y aunque la diferencia puede parecer sutil, en realidad es abismal. Hacer cosas para Dios puede nacer del deseo, de la emoción, de la necesidad o incluso de una buena intención. Pero moverse con Dios requiere dirección, dependencia, revelación, alineación y temor reverente.

El activismo espiritual nace precisamente en ese punto de desconexión. Es la sustitución de la dirección divina por la iniciativa humana. Es cuando el hombre, en lugar de esperar, discernir y obedecer, decide actuar por cuenta propia, muchas veces justificando sus acciones con argumentos espirituales. Pero el resultado de este tipo de movimiento siempre es el mismo: desgaste, frustración y esterilidad.

**Proverbios 14:12** lo expresa de manera directa: *“Hay camino que al hombre le parece derecho; pero su fin es camino de muerte”*. No dice que el camino es evidentemente incorrecto, dice que parece correcto. Y ahí está el engaño. Porque cuando el hombre se mueve sin Dios, no siempre lo hace en rebelión abierta, muchas veces lo hace convencido de que está haciendo lo correcto.

Un ejemplo claro de esto es la torre de Babel. En **Génesis 11**, los hombres se unen con un propósito: construir una ciudad y una torre que llegue al cielo. Desde una perspectiva humana, hay unidad, hay organización, hay visión. Pero Dios no está en ese proyecto. No fue Él quien lo inició, no fue Él quien lo dirigió. Y aunque el movimiento parecía impresionante, Dios lo detuvo. ¿Por qué? Porque no todo lo que crece tiene origen divino.

Esto debe confrontar profundamente nuestra manera de evaluar el éxito. Porque en el sistema del mundo, el éxito se mide por resultados visibles, por expansión, por impacto. Pero en el Reino, el éxito se mide por obediencia. No importa

cuánto se logre si Dios no lo inició. No importa cuán grande parezca algo si no nació de Su voluntad.

Otro caso revelador es el del rey Saúl. En **1 Samuel 15**, Dios le da una instrucción clara: destruir completamente a Amalec. Pero Saúl decide modificar la orden. Perdonó lo mejor del ganado y al rey, justificando su decisión con un argumento espiritual: ofrecer sacrificios a Dios. Desde su perspectiva, no estaba desobedeciendo, estaba mejorando la instrucción. Pero la respuesta de Samuel es contundente:

***“¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas,  
como en que se obedezca a las palabras de Jehová?  
Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios”***

1 Samuel 15:22

Aquí se revela un principio clave: Dios no necesita que el hombre produzca resultados, necesita que el hombre obedezca Su dirección. Porque cuando el hombre se mueve sin Dios, aunque lo haga en Su nombre, termina construyendo algo que no tiene sustento espiritual.

El activismo espiritual genera una falsa sensación de avance. Mantiene a las personas ocupadas, involucradas, incluso comprometidas, pero no necesariamente alineadas. Y con el tiempo, ese tipo de vida produce agotamiento. Porque todo lo que se hace fuera de la gracia de Dios, requiere esfuerzo humano para sostenerse.

Jesús confrontó esta realidad en **Mateo 7:22 y 23**, cuando dijo: ***“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”***. Este pasaje es profundamente inquietante. No está hablando de personas que no hicieron nada, sino de personas que hicieron mucho... pero sin relación, sin dirección, sin alineación.

Esto nos obliga a revisar algo fundamental: no todo lo espiritual es aprobado por Dios. Se puede tener actividad, dones, resultados, y aun así no estar caminando con Él. Porque el Reino no se trata de lo que haces, sino de con quién caminas.

Moverse sin Dios también se manifiesta en decisiones personales. Elecciones tomadas sin oración, sin búsqueda, sin discernimiento. Caminos definidos por lógica, por presión o por emoción. Y aunque en el momento puedan parecer correctos, con el tiempo revelan su vacío. Porque todo lo que no nace de Dios, carece de Su respaldo.

**Isaías 30:1** declara: ***“¿Ay de los hijos que se apartan, dice Jehová, para tomar consejo, y no de mí; para cobijarse con cubierta, y no de mi Espíritu, añadiendo pecado a pecado!”***. Este versículo muestra que el problema no es solo la acción, sino la fuente de la acción. Consultar sin Dios, decidir sin Dios, avanzar sin Dios, es en esencia desconectarse del flujo del Reino.

Las consecuencias de este tipo de vida son inevitables. Primero, el desgaste. Porque el alma no fue diseñada para sostener lo que solo el Espíritu puede producir. Luego, la frustración. Porque los resultados nunca satisfacen completamente cuando no hay paz interna. Y finalmente, la esterilidad espiritual. Porque puede haber movimiento externo, pero no hay fruto eterno.

Jesús lo explicó con una sencillez profunda en **Juan 15:5**: “*Separados de mí nada podéis hacer*”. No dijo “podrán hacer poco”, dijo “*nada*”. Porque en términos del Reino, todo lo que no proviene de Él, no tiene valor eterno.

Por eso, el llamado no es a hacer más, sino a depender más. No es a moverse más rápido, sino a moverse correctamente. No es a llenar la agenda, sino a alinearla con la voluntad de Dios.

El verdadero movimiento espiritual no nace de la iniciativa humana, nace de la respuesta a la voz de Dios. Es Dios quien inicia, quien dirige, quien sostiene. Y el hombre, en su lugar correcto, discierne, obedece y se mueve en esa dirección. Entonces aparecen los resultados.

Esto requiere humildad. Porque implica reconocer que no sabemos, que no podemos, que no debemos avanzar sin Él. Implica detenernos cuando todo alrededor empuja a movernos. Implica esperar cuando la presión exige resultados. Implica decir “no” a oportunidades que no provienen de Dios.

Pero también requiere valentía. Porque moverse con Dios no siempre será comprendido por otros. A veces parecerá lento, a veces ilógico, a veces incluso incorrecto desde la perspectiva humana. Pero el que ha aprendido a caminar con Dios, no se guía por la aprobación del hombre, sino por la dirección del Espíritu.

La pregunta entonces no es cuánto nos estamos moviendo, sino desde dónde nos estamos moviendo. ¿Es Dios quien está dirigiendo nuestros pasos, o somos nosotros mismos quienes estamos intentando involucrar a Dios en nuestros planes?

Porque al final, el mayor error no es quedarse quieto, es moverse sin Dios. Y el mayor acierto no es hacer mucho, es hacer exactamente lo que Él está indicando.

***“Puedes hacer todos los planes que quieras,  
pero el propósito del Señor prevalecerá.”***

Proverbios 18:21 NTV



## Capítulo cinco

# CUANDO EL HOMBRE SE ESCONDE

*“Cuando soplabla la brisa fresca de la tarde, el hombre y su esposa oyeron al Señor Dios caminando por el huerto. Así que se escondieron del Señor Dios entre los árboles.”*

Génesis 3:8 NTV

El primer escenario donde se manifiesta la tensión entre el movimiento de Dios y la respuesta del hombre no es en una guerra, ni en una crisis externa, sino en un jardín perfecto. Edén no era simplemente un lugar, era una atmósfera de comunión, un espacio donde el cielo y la tierra se encontraban sin resistencia, donde el hombre vivía alineado al ritmo de Dios sin esfuerzo, sin confusión, sin distancia. Allí no había necesidad de buscar a Dios, porque caminar con Él era la condición natural del hombre.

Este pasaje de **Génesis 3:8** nos da una escena que, aunque breve, es profundamente reveladora: *“el hombre y su esposa oyeron al Señor Dios caminando por el huerto”*. Esta expresión no es casual. Dios caminando. Hay movimiento. Hay intención. Hay cercanía. No es un Dios

distante que observa desde lejos, es un Dios que se acerca, que camina, que se hace presente de manera relacional.

Pero lo más impactante no es que Dios se movía, sino cómo responde el hombre a ese movimiento. El mismo versículo continúa: **“y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Dios entre los árboles del huerto”**. Aquí ocurre la primera gran ruptura espiritual de la historia. Dios se acerca... y el hombre se esconde.

Este es el inicio de una dinámica que se ha repetido a lo largo de toda la historia humana. Dios se mueve hacia el hombre, pero el hombre, afectado por el pecado, por la culpa, por la vergüenza o por su propia voluntad, pretende retraerse, ocultarse, desconectarse. No porque Dios haya dejado de moverse, sino porque el corazón del hombre dejó de estar alineado con ese movimiento.

Antes de la caída, la presencia de Dios era el lugar de descanso. Después de la caída, se convirtió en un lugar de incomodidad. No porque Dios haya cambiado, sino porque el hombre cambió. El pecado no solo rompió la comunión, alteró la percepción. Lo que antes era vida, ahora se percibe como amenaza. Lo que antes era gozo, ahora genera temor.

Dios, en Su gracia, no deja de moverse. Él sigue buscando, tal como si el hombre pudiera esconderse de Su omnipresencia. Y entonces lanza una de las preguntas más profundas de toda la Escritura: **“¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9)**. Esta pregunta no nace de ignorancia, nace de intención.

Dios sabe dónde está el hombre, pero quiere confrontar su condición. No le está preguntando por su ubicación física, sino por su posición espiritual.

Esta pregunta sigue resonando hoy con la misma fuerza. Porque aunque han pasado generaciones, el patrón no ha cambiado. Dios sigue moviéndose, sigue acercándose, sigue llamando, pero el hombre sigue escondiéndose. A veces detrás del pecado, otras veces detrás de la religiosidad, otras detrás de la ocupación, del ministerio, incluso del conocimiento. Pero en esencia, sigue ocurriendo lo mismo: una desconexión del movimiento vivo de Dios.

El problema nunca ha sido la falta de movimiento divino. Desde el principio, Dios ha sido el que inicia, el que busca, el que se acerca. El problema ha sido la respuesta del hombre. Porque el hombre, cuando pierde la alineación, no solo deja de caminar con Dios, comienza a evitarlo.

Esto es profundamente confrontativo, porque rompe con la idea de que el hombre siempre está dispuesto a Dios. La realidad es que, sin una transformación interna, el corazón humano tiende a huir de la presencia que lo confronta. **Juan 3:19** lo confirma: *“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”*.

El Edén no solo muestra el inicio del pecado, muestra el inicio de la desconexión del movimiento de Dios. Porque el hombre deja de caminar con Él, deja de responder a Su

voz, deja de alinearse a Su presencia. Y en ese momento, comienza una vida independiente, donde el hombre intenta vivir, decidir y avanzar por su cuenta.

Sin embargo, incluso en medio de esta ruptura, Dios no abandona Su naturaleza. Él sigue siendo un Dios que se mueve hacia el hombre. La historia de la redención es, en esencia, la historia de un Dios que busca restaurar esa comunión perdida. Desde Edén hasta Cristo, vemos a Dios acercándose una y otra vez, llamando, estableciendo pactos, levantando hombres, enviando palabra, manifestando Su presencia.

Aquí es donde este pasaje deja de ser historia y se convierte en espejo. Porque la pregunta “*¿Dónde estás tú?*” no es solo para Adán, es para cada persona que dice caminar con Dios. ¿Realmente estamos en la posición donde Él nos puede encontrar? ¿Estamos alineados a Su presencia o estamos ocultos detrás de algo?

Muchos hoy no se esconden físicamente, pero sí espiritualmente. Se esconden detrás de actividades, detrás de estructuras, detrás de una vida religiosa que aparenta cercanía, pero que en realidad evita la confrontación de la presencia de Dios. Porque la presencia de Dios no solo consuela, también revela. No solo abraza, también expone. Y no todos están dispuestos a eso.

El problema de esconderse es que desconecta al hombre del flujo de vida. Porque fuera de la presencia

manifiesta de Dios no hay dirección, no hay propósito, no hay plenitud. Se puede sobrevivir, pero no se puede vivir plenamente.

**Isaías 59:2** lo expresa con claridad: *“pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír”*. No es que Dios se haya ido, es que el hombre ha perdido la capacidad de percibir Su manifestación.

Pero la buena noticia es que Dios sigue preguntando. Sigue llamando. Sigue buscando. Y cada vez que el hombre decide dejar de esconderse y responder a ese llamado, algo se restaura. Porque el diseño original nunca fue la distancia, siempre fue la comunión.

El Edén nos deja entonces una enseñanza fundamental: no basta con que Dios se mueva, es necesario que el hombre deje de esconderse. Porque el mayor impedimento para participar del movimiento de Dios no es la falta de actividad divina, es la desconexión del corazón humano.



## Capítulo seis

# ENTRAR EN ESCENA DONDE DIOS SE MUEVE

*“...Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones;  
con Dios caminó Noé”.*

Génesis 6:9

Después de la caída, la humanidad no solo se alejó de Dios, sino que se sumergió progresivamente en una corrupción profunda. **Génesis 6:5** describe un escenario oscuro: *“Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”*. En medio de una generación completamente desconectada del movimiento de Dios, donde la tierra estaba llena de violencia y corrupción, aparece una figura que rompe el patrón: Noé.

El versículo **8** marca una diferencia radical: *“Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová”*. No porque fuera perfecto, sino porque, en medio de una generación que vivía al margen de Dios, él decidió alinearse con Él. Y el versículo **9** añade un detalle fundamental: *“Noé caminó con Dios”*. Esta expresión no es menor, es la clave de toda su historia.

Mientras otros vivían según su propio criterio, Noé vivía en sincronía con el movimiento divino.

Aquí aparece un principio esencial: cuando Dios se mueve, no siempre lo hace de manera visible o comprensible para todos. Muchas veces, Su dirección parece contradecir la lógica natural. Y es precisamente en ese punto donde se revela quién realmente está dispuesto a seguirlo.

Dios le da a Noé una instrucción que, desde cualquier perspectiva humana, resultaba absurda: construir un arca. No había precedentes de un diluvio como el que Dios anunció, no había señales visibles que justificaran una obra de tal magnitud, no había respaldo social ni comprensión colectiva. Era una palabra, y nada más que una palabra.

**Hebreos 11:7** lo explica de esta manera: *“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca...”* Aquí está la esencia del movimiento con Dios: obedecer antes de ver, moverse antes de entender completamente, responder a lo invisible con acciones visibles.

Mientras el resto de la humanidad continuaba con su vida normal, sin discernir que Dios estaba a punto de intervenir, Noé comenzó a construir algo que representaba el movimiento de Dios en ese tiempo. El arca no era solo un medio de salvación, era el lugar donde Dios se estaba moviendo. Y todo aquel que no entrara en ese lugar, aunque siguiera viviendo, estaba fuera del propósito divino.

Esto es profundamente revelador. Porque no bastaba con creer en Dios en ese momento, era necesario entrar en el movimiento que Él había determinado. No bastaba con reconocer que Dios existía, era necesario responder a lo que Él estaba haciendo.

Aquí encontramos una verdad que atraviesa toda la Escritura: Dios siempre establece un lugar, una dirección, una expresión específica de Su mover en cada temporada. Y aquellos que discernen ese mover, no solo lo reconocen, entran en él.

El arca representa ese lugar de alineación. No era cómoda, no era atractiva, no era popular. Era incómoda, limitada, incluso ridiculizada. Pero en el diluvio, sería el único espacio donde la vida sería preservada y la presencia sería manifestada. Afuera, todo parecía normal... hasta que dejó de serlo.

Jesús hace referencia a este tiempo en **Mateo 24:37 al 39**, diciendo: *“Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo... y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos...”* El problema no era la actividad, era la falta de discernimiento. Vivían, pero no percibían. Se movían, pero no estaban alineados.

Esto se repite hoy con una claridad alarmante. Hay una generación activa, ocupada, incluso religiosa, pero

desconectada del movimiento real de Dios. Se hacen muchas cosas, pero no necesariamente se está dentro del “arca” de Su voluntad. Y cuando Dios se mueve, no todos lo reconocen, y no todos responden. En el mundo están pasando muchas cosas y algunos estamos advirtiendo sobre esas señales, pero muchos, muchos más de los que deberían están ignorando todo lo que está aconteciendo.

En ese tiempo, entrar en el arca implicaba una decisión radical. Significaba separarse de una generación, creer en algo que nadie más veía, obedecer una palabra que no tenía evidencia inmediata. Pero también implicaba seguridad, propósito y vida.

Aquí es donde la fe deja de ser un concepto y se convierte en una acción concreta. Porque la fe que no responde al movimiento de Dios, no es fe, es información. Noé no solo creyó, construyó. No solo escuchó, obedeció. No solo entendió, se alineó.

Y esto nos confronta directamente. Porque muchos hoy escuchan palabra, reciben enseñanza, incluso reconocen que Dios está haciendo algo, pero no entran. Se quedan observando, analizando, esperando confirmaciones, buscando comodidad. Pero el movimiento de Dios no se sigue desde la distancia, se participa desde la obediencia.

El momento más crítico fue cuando Dios cerró la puerta del arca. **Génesis 7:16** dice: “*y Jehová le cerró la puerta*”. No fue Noé quien la cerró. Fue Dios quien

determinó el momento en que la oportunidad terminó. Esto revela algo serio: los movimientos de Dios tienen ventanas de tiempo. No son eternamente disponibles en la misma forma.

Hay momentos donde Dios habla, llama, dirige. Y hay momentos donde ese tiempo se cierra. No porque Dios deje de ser misericordioso, sino porque Sus tiempos avanzan. Y aquellos que no respondieron, quedan fuera no por falta de oportunidad, sino por falta de alineación.

El arca comenzó como una locura para muchos, pero terminó siendo el único lugar de vida. Y esto nos deja una enseñanza poderosa: lo que Dios inicia, aunque parezca insignificante o incomprendible al principio, siempre termina siendo el centro de Su propósito.

Hoy en día, podemos estar viviendo en un tiempo clave, un tiempo muy especial, único diría. El mundo está en crisis total, los cambios que estamos viviendo en esta generación, nunca jamás se han vivido. Desde todos los púlpitos se está mencionando esto, pero pareciera que son muy pocos los que están reaccionando ante esta verdad, el resto no tiene ni idea como actuar.

En el Reino, no basta con saber lo que está pasando, ni basta con saber lo que Dios ha anunciado proféticamente. Es necesario entrar en escena donde Él se está moviendo y movernos con Él.

## Capítulo siete

# SALIR Y ANDAR PARA ALINEARSE

*“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”.*

Hebreos 11:8 al 10

Si Noé representa al hombre que entra en el movimiento de Dios, Abraham representa al hombre que se atreve a salir para encontrarlo. Porque hay momentos en que el movimiento de Dios no está donde estás, y permanecer en ese lugar, aunque sea cómodo, conocido o seguro, se convierte en una forma de desalineación.

**Génesis 12:1** marca el inicio de esta historia con una orden directa y profundamente disruptiva: *“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”*. Este

llamado no viene con un mapa, ni con detalles, ni con garantías visibles. Es una palabra que exige confianza absoluta y obediencia inmediata.

Aquí se revela un principio esencial del Reino: muchas veces, alinearse con Dios implica dejar lo conocido sin tener claridad total de lo que viene. Y ese es uno de los puntos donde muchos se detienen. Porque el hombre quiere certeza antes de obedecer, pero Dios pide obediencia para revelar.

Abraham no recibió una explicación completa, recibió una dirección. Y eso fue suficiente. **Hebreos 11:8** lo confirma: *“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba”*. Esto no es imprudencia, es fe. No es ignorancia, es dependencia. No es falta de dirección, es sensibilidad a la voz de Dios.

El problema de muchos no es que Dios no les hable, es que no están dispuestos a salir. Porque salir implica renunciar, soltar, desprenderse. Implica dejar estructuras, relaciones, seguridades, incluso identidades que fueron válidas en un tiempo, pero que ya no están alineadas con el movimiento actual de Dios.

Ur de los caldeos no era cualquier lugar. Era una ciudad desarrollada, establecida, con cultura, con estructura. No era un desierto, era un sistema. Y Dios le pide a Abraham que deje ese sistema para entrar en algo que todavía no ve. Esto es profundamente confrontativo, porque muchas veces

el mayor obstáculo para el movimiento de Dios no es el pecado evidente, sino la comodidad legítima.

Hay cosas que no son malas, pero que ya no son el lugar donde Dios se está moviendo para tu vida. Y quedarse allí, por costumbre o por miedo, termina generando estancamiento espiritual.

El llamado de Abraham no fue solo geográfico, fue espiritual. No se trataba solo de cambiar de lugar, sino de cambiar de dependencia. Dejar de apoyarse en lo conocido para comenzar a depender de lo invisible. Y esto define a todo aquel que quiere caminar con Dios: vive guiado por lo que Dios dice, no por lo que ve.

A lo largo de su camino, Abraham no construyó ciudades, construyó altares. Y esto no es un detalle menor, es una declaración de prioridad. **Génesis 12:7 y 8** dice: *“Y apareció Jehová a Abram... y edificó allí un altar a Jehová... Luego se pasó de allí a un monte... y edificó altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová”*. Cada altar representaba un punto de encuentro, un lugar de realineación, un recordatorio de que su vida no estaba definida por el territorio, sino por la presencia de Dios.

El altar es el lugar donde el hombre reconoce que no camina solo. Es el espacio donde se rinde, donde escucha, donde se ajusta. Y Abraham entendió que no se trataba solo de avanzar, sino de mantenerse alineado en cada etapa del camino.

Sin embargo, su proceso no fue perfecto. Hubo momentos donde intentó resolver las promesas de Dios con métodos humanos. Egipto fue uno de esos desvíos, donde, ante la presión, descendió buscando seguridad. Agar fue otro, donde intentó acelerar el cumplimiento de la promesa. Y en ambos casos, el resultado fue conflicto y atraso.

Esto revela algo importante: salir no garantiza alineación permanente. Se puede haber obedecido en un momento y luego desviarse en el proceso. Por eso, caminar con Dios no es una decisión puntual, es una vida continua de dependencia.

Dios, en Su gracia, no abandona a Abraham en sus errores. Lo corrige, lo redirige, lo vuelve a llamar. Porque el propósito de Dios no es solo llevarnos a un lugar, es formarnos en el proceso. Y cada corrección es una invitación a volver al camino correcto.

Con el tiempo, Abraham aprende a confiar más profundamente. Llega a un punto donde Dios le pide lo máspreciado: su hijo Isaac. Y aquí se revela el nivel más alto de alineación. **Génesis 22** muestra a un Abraham que ya no cuestiona, que ya no negocia, que ya no intenta entender todo. Simplemente obedece. Porque ha aprendido que el Dios que lo llamó es fiel.

Este es el punto donde la fe madura: cuando ya no depende de explicaciones, sino de relación. Cuando ya no necesita entender cada paso, porque confía en quien lo guía.

Abraham no solo salió de un lugar, entró en un diseño. Y ese diseño no era solo para él, era generacional. Porque cuando alguien se alinea con el movimiento de Dios, no solo afecta su vida, afecta todo lo que viene después.

**Romanos 4:13** declara que la promesa a Abraham no fue solo acerca de una tierra, sino de ser heredero del mundo. Esto muestra que el movimiento de Dios siempre trasciende lo inmediato. Nunca se trata solo de hoy, se trata de lo que Dios está construyendo a través de la obediencia.

Muchos quieren el cumplimiento de las promesas, pero no están dispuestos a abandonar lo que Dios les pide dejar. Quieren lo nuevo, pero aferrados a lo viejo. Quieren avanzar, pero sin moverse. Y en el Reino, no se puede caminar con Dios sin disposición a dejar. Porque cada nuevo nivel de alineación requiere un nuevo nivel de desprendimiento y muerte al yo.

Tal vez no se trate de cambiar de ciudad, pero sí de mentalidad. Tal vez no se trate de dejar personas, pero sí de soltar dependencias. Tal vez no se trate de abandonar todo externamente, pero sí de rendir internamente aquello que ya no está alineado.

Porque el movimiento de Dios siempre nos va a llevar más allá de lo conocido. Y solo aquellos que están dispuestos a salir, son los que terminan entrando en lo que Dios ha preparado. La clave no está en saber exactamente a dónde vamos, sino saber quién nos está llamando y quien nos está

guiando en todo. Porque cuando Dios es quien dirige, salir no es perder... es comenzar a alinearse camino a la bendición.



## Capítulo ocho

# CORREGIR EL RUMBO CUANDO ES NECESARIO

*“Fíate de Jehová de todo tu corazón,  
Y no te apoyes en tu propia prudencia.  
Reconócelo en todos tus caminos,  
Y él enderezará tus veredas.”*

Proverbios 3:5 y 6

Después de Abraham, la historia no continúa con una generación perfecta, sino con una generación que evidencia una verdad que muchos prefieren ignorar: haber recibido promesas no garantiza caminar correctamente. Isaac y Jacob heredan un diseño divino, pero también cargan con debilidades, errores y decisiones que, en distintos momentos, los sacan de alineación. Y es allí donde se revela otra dimensión del movimiento de Dios: Su capacidad de corregir el rumbo sin abandonar el propósito.

Isaac representa, en muchos sentidos, una continuidad. No tuvo que salir como Abraham, no tuvo que construir desde cero, sino que recibió una herencia espiritual. Sin embargo, esto no lo eximió de enfrentar sus propios desafíos.

En **Génesis 26:2** vemos a Isaac enfrentando hambre en la tierra, y su reacción inicial es descender a Egipto, el mismo patrón que su padre había tenido. Pero Dios interviene y le dice: ***“No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré”***.

Aquí se marca una diferencia importante: no todo lo que fue permitido en una generación, es dirección para la siguiente. Isaac debía aprender a depender de la voz actual de Dios, no solo de las experiencias pasadas. Y esta es una lección clave para el creyente: no se puede vivir del mover de Dios de ayer, es necesario discernir Su dirección hoy.

Isaac, a pesar de sus temores y errores, decide permanecer donde Dios le indicó. Y en medio de una tierra difícil, Dios lo bendice de una manera sobrenatural. **Génesis 26:12** dice: ***“Y sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año ciento por uno; y le bendijo Jehová”***. Esto rompe toda lógica natural. ¿Cómo se siembra en medio de la escasez y se cosecha en abundancia? Solo cuando se está alineado con el movimiento de Dios.

Sin embargo, su historia también muestra conflictos. Cavó pozos que luego fueron disputados, tuvo que moverse varias veces, enfrentó oposición constante. Pero en cada traslado, en cada ajuste, Isaac no dejó de avanzar. Hasta que llega a un lugar donde declara: ***“Porque ahora Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra”*** (**Génesis 26:22**).

Esto revela algo profundo: a veces, el movimiento de Dios incluye incomodidad, conflictos y desplazamientos. Pero no son señales de abandono, son parte del proceso de alineación. Dios no siempre elimina la oposición, muchas veces la usa para reposicionar.

Luego aparece Jacob, y con él la historia se vuelve aún más intensa. Porque si Isaac muestra ajustes, Jacob muestra luchas internas. Su nombre significa “suplantador”, y su vida refleja esa naturaleza: engaño, manipulación, estrategias humanas para obtener lo que Dios ya había prometido.

Jacob recibe la bendición, pero la recibe de la manera incorrecta. Y eso lo lleva a huir. Aquí vemos otro principio: obtener algo fuera del orden de Dios siempre trae consecuencias. Aunque la promesa sea legítima, el método incorrecto genera conflicto.

En medio de su huida, Jacob tiene un encuentro que marca un antes y un después. **Génesis 28** relata cómo, en soledad, duerme y tiene una visión: una escalera que conecta el cielo y la tierra. Y al despertar, declara: ***“Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía”*** (Génesis 28:16). Este es el momento donde comienza a despertar espiritualmente.

Pero ese encuentro no lo transforma completamente de inmediato. Jacob continúa su camino, sigue operando en su naturaleza, sigue enfrentando consecuencias. Trabaja con

Labán, es engañado como él engañó, vive procesos que lo confrontan desde adentro.

Hasta que llega el momento clave: **Génesis 32**. Allí, Jacob se queda solo y lucha con un varón hasta el amanecer. Este no es un episodio físico solamente, es una representación espiritual de su proceso interno. Jacob ya no está luchando por obtener algo, está luchando por ser transformado.

En medio de esa lucha, el varón le pregunta: ***“¿Cuál es tu nombre?”*** (Génesis 32:27). Y Jacob responde con honestidad: ***“Jacob”***. Es la primera vez que reconoce plenamente su identidad. Y entonces viene la declaración: ***“No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido”*** (Génesis 32:28).

Aquí ocurre la verdadera alineación. No cuando obtuvo la bendición, sino cuando fue transformado. Porque el problema de Jacob nunca fue la promesa, fue su naturaleza. Y Dios no estaba interesado solo en darle algo, estaba interesado en cambiarlo.

Este es un punto fundamental: Dios no solo corrige caminos, corrige corazones. Porque se puede estar en el lugar correcto, pero con una naturaleza incorrecta. Y eso eventualmente genera desalineación.

La vida de Jacob después de ese encuentro cambia. Ya no es el mismo hombre. Ahora camina con una marca, con una señal de que ha sido tocado por Dios. Cojea, pero está alineado. Y esto es profundamente revelador: es mejor caminar con debilidad en alineación, que caminar con fuerza en desobediencia.

Isaac y Jacob nos muestran que el movimiento de Dios no es solo avanzar, es ser ajustado en el proceso. Es ser corregido cuando se desvía, es ser confrontado cuando se actúa en la carne, es ser transformado cuando la naturaleza antigua quiere gobernar.

Muchos hoy quieren el resultado de la bendición, pero no el proceso de la corrección. Quieren avanzar, pero no ser confrontados. Quieren promesas, pero no transformación. Y eso es incompatible con el Reino. **Hebreos 12:6** lo declara: *“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”*. La corrección no es rechazo, es evidencia de relación. Es Dios diciendo: “No te dejaré seguir así, porque tengo un propósito contigo”.

La pregunta entonces no es si te has equivocado en el camino. Todos, en algún momento, lo hacemos. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a ser corregidos por Dios? Porque aquellos que se dejan ajustar, terminan alineándose. Pero aquellos que resisten la corrección, terminan alejándose. En el Reino, no se trata de nunca fallar, se trata de permitir que Dios corrija cada desviación hasta que nuestra vida esté completamente alineada con Su propósito.

## Capítulo nueve

# EL MOVIMIENTO EN LO OCULTO

*“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis.”*

Jeremías 29:11

Si hay una historia que desafía la lógica humana acerca del mover de Dios, es la de José. Porque en su vida, el movimiento divino no se manifiesta inicialmente en milagros visibles, ni en intervenciones espectaculares, sino en procesos ocultos, largos, dolorosos y aparentemente contradictorios. Y sin embargo, es precisamente allí donde Dios está más activo de lo que parece.

José recibe sueños desde joven. Sueños que revelan propósito, autoridad, gobierno. **Génesis 37:5** dice: *“Y soñó José un sueño, y lo contó a sus hermanos; y ellos llegaron a aborrecerle más todavía”*. Lo que Dios le muestra es grande, claro y prometedor. Pero lo que sigue en su vida parece completamente opuesto a esa revelación.

José fue rechazado por sus hermanos, vendido como esclavo, despojado de su identidad, llevado a una tierra extraña. Y aquí surge la gran tensión: ¿cómo puede un Dios que da sueños permitir procesos que parecen destruirlos?

Este es uno de los puntos donde muchos se desalinean. Porque cuando el proceso no coincide con la promesa, se asume que Dios no está obrando. Pero la vida de José demuestra exactamente lo contrario: Dios estaba más involucrado en el proceso que en el momento del sueño.

**Génesis 39:2** declara algo que debe leerse con profundidad: *“Mas Jehová estaba con José”*. Y este versículo se repite en distintos momentos de su proceso. Estaba con él cuando fue tirado a una cisterna vacía, cuando fue vendido como esclavo, cuando servía en casa de Potifar. Estaba con él cuando fue injustamente acusado, cuando fue encarcelado y cuando fue liberado. Esto rompe completamente la idea de que la presencia de Dios solo se manifiesta en algunas circunstancias.

Dios no solo está cuando todo va bien, Él está cuando todo parece ir mal. Y no solo está presente, está obrando. Pero Su obrar en estas etapas es silencioso, interno, formativo. José pasa de ser un soñador inmaduro a un hombre procesado. Porque el sueño mostraba el destino, pero el proceso formaba el carácter necesario para sostenerlo. Y esto es clave: Dios no solo quiere llevarnos a un lugar, quiere asegurarse de que podamos permanecer en él sin destruir lo que Él nos ha entregado.

El pozo, la esclavitud y la cárcel no fueron interrupciones del plan de Dios, fueron parte del plan. Cada etapa fue diseñada para quitar, ajustar y moldear la vida de José. Quitó la dependencia emocional, quitó la ingenuidad, quitó el orgullo. Y en su lugar, formó integridad, fidelidad, dominio propio y capacidades especiales.

En la casa de Potifar, José aprendió a administrar. En la cárcel, aprendió a interpretar y a servir sin reconocimiento. Y en cada lugar, aunque no estaba donde soñó, se mantuvo fiel. Esto es profundamente revelador: el que no sabe ser fiel en lo oculto, no está preparado para lo público.

Muchos quieren el palacio, pero no aceptan la cárcel, quieren gobernar, pero no aceptan servir. Quieren la manifestación, pero no los procesos. Quieren el cumplimiento, pero no la formación. Sin embargo, en el Reino, lo que Dios revela en un instante, lo forma a lo largo del tiempo, y como todos sabemos, Él no tiene ningún apuro.

Hay un momento clave en esta historia. José interpreta los sueños del copero y del panadero, y le pide al copero que se acuerde de él cuando sea restituido. Pero **Génesis 40:23** dice: *“Y el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó”*. Este olvido humano parece injusto, pero en realidad revela algo más profundo: Dios no estaba dependiendo del hombre para cumplir Su propósito. Porque cuando Dios decide levantar a alguien, no necesita conexiones humanas, necesita procesos completados. Y José todavía no estaba listo. No en capacidad, sino en carácter.

Dos años después, Faraón tiene un sueño. Y en ese momento, el copero recuerda a José. No antes, no después, en el momento exacto. Esto revela la precisión del tiempo de Dios. Lo que parecía atraso, era preparación. Lo que parecía olvido, era alineación.

José es llevado ante Faraón, interpreta el sueño, y en un solo día pasa de la cárcel al gobierno. **Génesis 41:41** dice: ***“Dijo, pues, Faraón a José: He aquí yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto”***. Pero ese ascenso repentino no fue improvisado, fue el resultado de años de proceso oculto, por eso evidenció una sabiduría inobjetable. Por eso faraón había declarado: ***“¿Acaso hallaremos a otro hombre como este, en quien esté el espíritu de Dios? Y dijo Faraón a José: Pues que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú...”*** (Génesis 41:38 y 39).

Aquí se revela una verdad poderosa: cuando Dios nos posiciona, lo hace en el momento en que nuestro interior está preparado para sostener lo que viene. No antes. Porque una promoción sin formación es una destrucción anticipada.

Lo más impactante de la vida de José no es su ascenso, es su interpretación del proceso. Cuando finalmente se encuentra con sus hermanos, en lugar de reaccionar con venganza, declara: ***“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien...”*** (Génesis 50:20).

Esta es la evidencia de que el proceso cumplió su propósito. José no solo llegó al lugar, entendió el camino.

Reconoció que Dios estaba en cada etapa, incluso en las más dolorosas. Y esto solo lo puede decir alguien que ha aprendido a discernir el movimiento de Dios en lo oculto.

Porque el problema de muchos hoy es que solo reconocen a Dios en lo visible. Si hay resultados, si hay señales, si hay manifestación externa, entonces creen que Dios está. Pero si hay silencio, espera, procesos internos, asumen que algo está mal. José nos enseña lo contrario: hay momentos donde Dios está más activo en lo que no se ve que en lo que se ve.

**Romanos 8:28** lo expresa así: *“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien...”* No algunas cosas, todas. Incluso aquellas que no entendemos, incluso aquellas que duelen, incluso aquellas que parecen retrasos.

La clave está en mantenernos fieles en el proceso. No cambiar la actitud, no perder la integridad, no abandonar la dependencia. Porque el mismo Dios que nos da el sueño o palabras proféticas, es el que cumple. Pero entre una cosa y la otra, hay un camino que forma y eso es lo que debemos detectar.

La pregunta entonces no es si estamos viendo a Dios moverse. La pregunta es más profunda: ¿estamos confiando en que Dios está obrando, aunque no lo veamos, aunque parezca ausente?

Porque hay movimientos de Dios que no hacen ruido, no generan aplausos, no producen evidencia inmediata. Pero son los que sostienen todo lo que vendrá después. Hay movimientos divinos que matan nuestro yo, para que podamos recibir todo lo que proviene de Cristo y Su poder de resurrección.

Aquellos que aprendemos a permanecer en esos procesos, terminamos siendo los que Dios levanta en el momento correcto, con la capacidad correcta y con el corazón correcto. Porque en el Reino, lo oculto nunca es pérdida, es preparación.

Perdónenme que me incluya en algunos conceptos, no me estoy comparando con José, ni con ningún personaje bíblico, solo puedo admirarlos y aprender de ellos. Lo que sí puedo asegurar es que he acumulado varios años de ministerio, y los procesos me han enseñado a padecer mis propias debilidades, a morir a muchos deseos y a dejar de ser para recibir.

Es claro que el camino transitado y algunos resultados personales no han sido el producto de alguna destacable virtud, sino de la gracia soberana del Señor sobre mi vida. Eso es sencillamente incuestionable. Por eso créanme que escribo como quien aprendió padeciendo, muriendo y recibiendo. ¡Dios es bueno!



## Capítulo diez

# SIGUIENDO EL MOVER DE LA NUBE

*“Por la fe Moisés dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible”.*

Hebreos 11:27

Si en José vimos el movimiento de Dios en lo oculto, en Moisés y el desierto vemos el movimiento de Dios en lo visible, pero no por eso más fácil de seguir. Porque, aunque en el éxodo Dios se manifestó de manera clara, el desafío no fue verlo... fue obedecerlo constantemente.

Dios sacó a Israel de Egipto con mano poderosa. Señales, prodigios, juicio sobre Faraón, apertura del mar Rojo. Todo esto revela a un Dios activo, interviniendo en la historia de manera innegable. Pero el verdadero desafío no fue salir de Egipto, fue aprender a caminar con Dios en el desierto. Porque salir de un sistema no garantiza saber vivir bajo el gobierno de Dios.

En el desierto, Dios introdujo una dinámica completamente nueva: Su pueblo ya no tuvo que moverse por

lógica, ni por necesidad, ni por impulso. Se movió por Su presencia. **Éxodo 13:21** lo describe así: *“Y Jehová iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles...”*. Aquí se establece un principio fundamental del Reino: Dios no solo da dirección, El mismo se convierte en la dirección.

La nube de día y el fuego de noche no eran símbolos decorativos, eran el sistema de gobierno divino para el pueblo. Cuando la nube se movía, el pueblo debía moverse. Cuando la nube se detenía, el pueblo debía detenerse. No importaba si el lugar era cómodo o incómodo, lógico o inexplicable. Lo único que importaba era la presencia de Dios.

**Números 9:17** lo explica con precisión: *“Y según que la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel partían; y en el lugar donde la nube se detenía, allí acampaban los hijos de Israel”*. No había margen para la iniciativa humana. No se movían cuando querían, ni se quedaban cuando les convenía. Su vida estaba completamente subordinada al movimiento de Dios.

Esto confronta directamente la independencia del corazón humano. Porque el hombre quiere tener control, quiere planificar, quiere anticipar. Pero en el desierto, Dios les enseña a depender día a día. No podían acumular maná más allá de lo permitido, no podían definir rutas propias, no

podían establecer tiempos por sí mismos. Era una vida de dependencia total.

Y aquí es donde muchos fallan. Porque ver la manifestación de Dios no garantiza obedecerla. Israel veía la nube, pero muchas veces no quería someterse a lo que implicaba. Se quejaban, murmuraban, añoraban Egipto. Preferían la esclavitud conocida que la libertad guiada por Dios. Esto revela una verdad incómoda: el corazón puede anhelar la intervención de Dios, pero resistir Su gobierno.

El desierto no era solo un lugar geográfico, era un proceso espiritual. **Deuteronomio 8:2** lo explica así: *“Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón...”* Dios no necesitaba descubrir lo que había en ellos, ellos necesitaban verlo. Porque solo cuando el corazón es expuesto, puede ser transformado.

Moisés, por su parte, entendió algo que el pueblo tardó en comprender. Él no quería avanzar sin la presencia de Dios. Cuando el pueblo actuó con reiteradas rebeldías, Dios dijo que enviaría a su ángel, pero que Él no iría con ellos, es por eso que en **Éxodo 33:15** Moisés declaró: *“Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”*. Esta es una de las declaraciones más profundas de dependencia en toda la Escritura.

Moisés había visto milagros, había experimentado el poder de Dios, había sido usado de manera extraordinaria. Pero entendía que nada de eso tenía valor si la presencia de Dios no continuaba con ellos. Porque el verdadero distintivo del pueblo de Dios no era lo que habían vivido, sino con quién caminaban.

Este es el espíritu correcto: no buscar experiencias, sino presencia. No buscar resultados, sino dirección. No buscar avanzar, sino avanzar con Dios. El problema del pueblo fue que muchas veces quisieron moverse sin esperar la nube. Y otras veces, quisieron quedarse cuando la nube ya se había movido. Y ambas cosas son igual de peligrosas. Adelantarse a Dios produce resultados como Ismael. Quedarse cuando Dios ya avanzó produce estancamiento.

En **Números 14**, vemos un momento crítico. Dios había dado la orden de entrar a la tierra prometida, pero el pueblo, dominado por el temor, se niega. Luego, cuando Dios determina que no entrarán, intentan hacerlo por su cuenta. Y Moisés les advierte: ***“No subáis, porque Jehová no está en medio de vosotros...”*** (Números 14:42). Pero ellos subieron igual. ¿El resultado? Derrota. Porque no basta con hacer lo correcto, hay que hacerlo en el momento correcto y con la presencia de Dios.

Este pasaje es profundamente revelador, porque se puede tener una promesa, una palabra, incluso una dirección previa... pero si Dios no está en ese movimiento en ese

momento, no habrá respaldo alguno y por ende no habrá resultados de bendición.

La vida en el desierto enseñaba diariamente alguna lección al pueblo. No se trataba de saber a dónde ir, se trataba de seguir a quien los estaba guiando. Y eso requiere sensibilidad constante.

Hoy, muchos quieren claridad total antes de moverse. Quieren mapas, certezas, garantías. Pero Dios sigue operando de la misma manera: Él se mueve, y los que le siguen, avanzan. No siempre con toda la información, pero sí den hacerlo con la certeza de Su presencia. **Juan 10:27** dice: *“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen”*. No dice que entienden todo, dice que siguen. Porque han aprendido a reconocer Su voz.

El desierto, entonces, no es solo un lugar de prueba, es una escuela de dependencia. Es donde se forma un pueblo que no vive por vista, sino por dirección. Donde se aprende que la seguridad no está en el lugar, sino en la presencia.

La pregunta entonces no es si podemos ver la nube. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a movernos cuando Dios se mueve y detenernos cuando Él se detiene? Porque en el Reino, la vida no se define por la estabilidad del entorno, sino por la fidelidad al movimiento de Dios. Y fuera de ese movimiento, aunque todo parezca correcto, no hay vida. Pero dentro de él, aun en el desierto, hay provisión, hay dirección y hay propósito.

## Capítulo once

# OBRANDO EN ESTRATEGIAS DIVINAS

*“Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días.”*

Hebreos 11:30

Con Josué, el pueblo dejó el desierto y entró en la tierra prometida. Pero esto no significó que el desafío había terminado; en realidad, comenzó una nueva dimensión del movimiento de Dios. Ya no fue solo seguir, sino que llegó el tiempo de conquistar. Y en esta etapa, la dependencia no disminuye, se vuelve aún más necesaria. Porque cuando Dios comienza a cumplir promesas, el mayor peligro es asumir que ya sabemos cómo avanzar.

Josué había sido formado bajo el liderazgo de Moisés. Había visto la nube, había experimentado la provisión, había aprendido la dependencia. Pero ahora le tocaba liderar. Y en ese nuevo rol, debía entender algo fundamental: el éxito pasado no tenía la virtud de sustituir la dirección divina para la conquista del territorio.

El primer gran desafío fue Jericó. Una ciudad cerrada, fortificada, humanamente impenetrable. Desde la lógica natural, la estrategia sería militar: atacar, escalar, derribar. Pero Dios introdujo un modelo completamente diferente. **Josué 6** nos muestra una instrucción que rompe toda expectativa: rodear la ciudad durante siete días, en silencio, con sacerdotes tocando trompetas, y en el séptimo día dar un grito estremecedor.

No había armas, no había asalto frontal, no había esfuerzo humano visible. Solo obediencia a una estrategia divina, extraña pero que hizo necesaria la locura de la fe. Y por supuesto, el resultado fue sobrenatural: *“Entonces el pueblo gritó... y el muro se derrumbó”* (Josué 6:20). Esto revela un principio poderoso: cuando Dios da la estrategia, Él mismo respalda el resultado. No depende de la capacidad humana, depende de la obediencia a Sus diseños.

Pero inmediatamente después de Jericó, llegó Hai. Y aquí ocurre un giro que expone una debilidad común en el corazón humano. **Josué 7** muestra cómo, después de una gran victoria, el pueblo enfrenta una pequeña ciudad. Desde la perspectiva natural, parecía un desafío menor. Y entonces ocurre algo sutil pero peligroso: toman decisiones sin consultar a Dios.

**Josué 7:3** dice: *“No suba todo el pueblo, sino suban como dos o tres mil hombres... porque son pocos”*. Es una evaluación lógica, estratégica, aparentemente razonable.

Pero hay un problema: Dios no fue consultado, y el resultado fue una contundente derrota.

Esto es profundamente confrontativo. Porque no fue un error evidente, fue una omisión. No hicieron algo “malo” en apariencia, simplemente avanzaron sin dirección. Y en el Reino, moverse sin consultar a Dios es tan peligroso como desobedecer abiertamente. La derrota en Hai no se debió a falta de capacidad, se debió a falta de alineación.

Además, había un pecado oculto en el campamento, y Dios no deja pasar por alto esas cosas. Acán había tomado del anatema, algo que Dios había prohibido. Y esto nos revela otra dimensión del mover de Dios: no solo importa la estrategia, también importa la condición interna con la que hacemos las cosas. Porque Dios no respalda un movimiento donde hay desorden oculto.

Después de tratar con el pecado, Josué volvió a consultar a Dios. Y entonces, Dios le dio una estrategia completamente diferente para Hai. Esta vez sí hubo táctica militar, emboscada, acción. Y el resultado fue una contundente victoria. En esto se revela una verdad fundamental: Dios no repite métodos, Él da dirección específica para cada situación y por eso debemos estar siempre atentos, no dando nada por hecho.

Jericó no se conquistó como Hai, y Hai no se conquistó como Jericó. Pretender aplicar la misma fórmula para avanzar con Dios, es ignorar la naturaleza dinámica del

mover divino. Y este es uno de los errores más comunes: convertir una experiencia pasada en un método permanente.

Muchos quieren repetir lo que funcionó antes, sin darse cuenta de que Dios ya no está en ese modelo. Porque el Reino no funciona por fórmulas, funciona por revelación.

Josué entendió esto con el tiempo. En **Josué 5:13 y 14**, antes de Jericó, tiene un encuentro con el ***“Príncipe del ejército de Jehová”***. Y cuando le pregunta: ***“¿Eres de los nuestros o de nuestros enemigos?”***, la respuesta es reveladora: ***“No; más como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora...”*** Esto rompió la mentalidad humana. Dios no intentó alinearse con el hombre, el hombre siempre es el que debe alinearse con Dios. No se trata de que Dios esté de nuestro lado, se trata de que nosotros estemos en el lado donde Él está obrando.

Este encuentro cambió la perspectiva de Josué. Ya no se trataba de estrategias humanas buscando la bendición de Dios, sino de discernir lo que Dios estaba haciendo y alinearse a eso.

La conquista de la tierra prometida no dependía de la fuerza del ejército, sino de la sensibilidad espiritual del liderazgo. Cada batalla requería dirección. Cada paso necesitaba confirmación. Porque el éxito no estaba garantizado por la promesa, sino por la obediencia continua.

Esto confronta directamente la autosuficiencia espiritual. Porque después de ver a Dios obrar, es fácil caer en la ilusión de que ya sabemos cómo hacerlo. Pero en el Reino, cada nuevo paso requiere dependencia fresca.

**Proverbios 3:5 y 6** lo expresa así: *“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”*. No en algunos caminos, en todos. La diferencia entre Jericó y Hai no fue el tamaño del enemigo, fue la consulta a Dios.

Y esto se vuelve profundamente actual. Porque hoy muchos enfrentan “Hai” confiando en su experiencia de “Jericó”. Creen que porque Dios obró antes, pueden avanzar sin buscar dirección. Pero el resultado es el mismo: desgaste, frustración y derrota.

El movimiento de Dios no se sigue con memoria, se sigue con sensibilidad y una profunda comunión espiritual. La pregunta entonces no es si hemos visto a Dios obrar en el pasado. La pregunta es: ¿estamos consultando a Dios en todo para saber cómo desea que obremos hoy?

Porque cada temporada requiere una estrategia nueva. Cada desafío demanda una dirección específica. Y solo aquellos que logremos permanecer en dependencia constante seremos los que experimentaremos victorias sostenidas. En el Reino, no gana el que más sabe, sino el que más escucha. No el que más ha vivido, sino el que más discierne.

## Capítulo doce

# EL MOVIMIENTO DE LOS REYES

Con la llegada de la monarquía, el pueblo de Israel entra en una nueva etapa. Ya no es guiado directamente por jueces levantados en momentos específicos, sino por reyes que gobiernan de manera continua. Pero este cambio no nace del corazón de Dios, nace del deseo del pueblo. **1 Samuel 8:5** lo expresa claramente: *“Constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones”*.

Aquí comienza una desviación sutil pero profunda: el deseo de parecerse a los sistemas del mundo en lugar de depender del gobierno directo de Dios. Y aunque Dios permite este cambio, no deja de revelar, a través de los reyes, la importancia de la alineación con Su presencia.

Saúl es el primer rey. Es elegido, ungido, respaldado inicialmente por Dios. Tiene apariencia, tiene aceptación, tiene comienzo prometedor. Pero su historia se convierte en una advertencia poderosa de lo que ocurre cuando alguien comienza bien, pero deja de depender.

El punto de quiebre no es inmediato, es progresivo. En **1 Samuel 13**, ante la presión del pueblo y la tardanza de Samuel, Saúl decide ofrecer el sacrificio que no le correspondía. Desde su perspectiva, era una acción necesaria. Desde la perspectiva del Reino, fue una invasión de funciones y una evidencia de independencia.

Samuel le dice: ***“Locamente has hecho; no guardaste el mandamiento de Jehová tu Dios...”*** (1 Samuel 13:13). Y allí comienza el deterioro. Porque cuando el hombre comienza a actuar fuera de la dirección de Dios, aunque lo justifique, se desconecta del flujo de Su presencia.

Luego, en **1 Samuel 15**, Dios le da una instrucción clara: destruir completamente a Amalec. Pero Saúl decide modificarla. Perdona lo mejor del ganado y al rey, argumentando que era para ofrecer sacrificios a Dios. Aquí el problema ya no es presión externa, es criterio propio. Y la respuesta de Samuel vuelve a ser contundente: ***“Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios...”*** (1 Samuel 15:22).

Saúl quería honrar a Dios a su manera, no a la manera de Dios. Y esto es profundamente revelador: no todo lo que se hace “para Dios” es aceptado por Él. Porque el Reino no funciona por intención, funciona por obediencia.

El resultado final fue trágico: **1 Samuel 16:14** dice: ***“El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl...”*** No perdió el trono inmediatamente, pero perdió la presencia. Y aquí está

uno de los puntos más peligrosos: seguir en posición sin presencia.

Saúl continuó gobernando, tomando decisiones, liderando al pueblo, pero sin la guía de Dios. Y eso lo llevó a un estado de confusión, temor y desesperación. Terminó matando sacerdotes de Dios y consultando a una adivina, algo completamente opuesto a la voluntad de Dios. Porque cuando se pierde la dirección divina, el hombre busca dirección en cualquier lugar.

Este es el destino de todo aquel que se acostumbra a moverse sin Dios: comienza tomando pequeñas decisiones independientes y termina completamente desconectado.

En contraste, aparece David. Y aquí no vemos perfección, vemos dependencia. David no fue un hombre sin errores, pero fue un hombre que entendió la importancia de la presencia de Dios por encima de todo.

Desde joven, David desarrolló una vida en la presencia. No en el palacio, sino en el campo. No en la exposición, sino en lo oculto. Allí aprendió a adorar, a depender, a escuchar. Y esa vida interna se convirtió en la base de todo lo que vendría sobre su vida.

Cuando enfrentó a Goliat, no lo hizo desde la confianza en su capacidad, sino desde su relación con Dios. Por eso declaró: ***“Jehová... me libraré...”*** (1 Samuel

**17:37**). Su seguridad no estaba sostenida en la estrategia, estaba arraigada en la presencia del Señor.

A lo largo de su vida, David consultó a Dios constantemente. En **1 Samuel 23:2** dice: ***“Y David consultó a Jehová...”*** Y esto se repite una y otra vez. No se movió por impulsos, no decidió por lógica, no actuó por presión del pueblo. Simplemente buscó dirección en todo tiempo. Incluso cuando tuvo la oportunidad de matar a Saúl, no lo hizo. Porque entendió que no se trataba de tomar el lugar por la fuerza, se trataba de recibirlo en el tiempo de Dios y solo por causa de Su voluntad soberana. Y esto, claramente revela un corazón alineado.

Pero lo más profundo de David se ve en su caída. En **2 Samuel 11**, comete pecado con Betsabé. Y aquí se evidencia que, aunque era un hombre conforme al corazón de Dios, no estaba exento de fallar. Sin embargo, la diferencia con Saúl no está en el error, está en la respuesta.

Cuando fue confrontado por el profeta Natán, David no se justificó, no se defendió, no buscó excusas ante el sacerdote. Se quebrantó con toda sinceridad y entre otras cosas, escribió el **Salmos 51** donde podemos ver claramente reflejado su interior: ***“Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio... No me echés de delante de tí, y no quites de mí tu santo Espíritu”*** (**Salmos 51:10 y 11**). Aquí está la clave: David no pidió conservar el trono, pidió conservar la presencia.

Esto marca toda la diferencia. Porque el que valora la presencia por encima de la posición, siempre tendrá un camino de restauración. Pero el que valora la posición por encima de la presencia, inevitablemente se perderá. Saúl perdió la presencia tratando de sostener su lugar. David perdió momentáneamente su alineación, pero volvió porque entendía lo que realmente importaba.

Esto nos deja una enseñanza profunda: el problema no es caer, el problema es endurecer el corazón. El problema no es equivocarse, es dejar de depender.

Hoy en día, muchos viven como Saúl, tal vez sin darse cuenta, mantienen estructuras, ministerios, actividades, pero han dejado de consultar a Dios. Operan desde la experiencia, desde la costumbre, desde la lógica. Y aunque externamente todo continúa, internamente la presencia ya no está guiando sus pasos.

Mientras que otros, aunque imperfectos, viven como David. Buscan, consultan, se quebrantan, se alinean. Y esa diferencia, aunque no siempre es visible de inmediato, determina el destino espiritual.

**Hechos 13:22** dice de David: *“He hallado a David... varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero”*. No porque nunca falló, sino porque siempre volvió a la alineación. La pregunta entonces no es si somos perfectos. La pregunta es: ¿somos realmente dependientes de Dios? ¿Estamos consultando a Dios en la intimidad, o

estamos decidiendo por nuestra cuenta? ¿Estamos valorando Su presencia, o solo sosteniendo nuestra posición?

En el Reino, no permanece de manera efectiva el que sea más capaz, permanece el que sabe depender. Y al final, no se trata de cuánto hicimos para Dios, sino de cuánto pudo hacer Él a través nuestro, de cuanto caminamos en Él, con Él y para Él.



PARTE III

**CRISTO  
LA REVELACIÓN  
PERFECTA**

## Capítulo trece

# ALINEACIÓN TOTAL CON EL PADRE

*“Pues he descendido del cielo para hacer la voluntad de Dios, quien me envió, no para hacer mi propia voluntad”.*

Juan 6:38 NTV

Si hay una vida que define lo que significa moverse correctamente con Dios, es la de Jesús. No como un ideal inalcanzable, sino como el modelo perfecto de un hombre completamente gobernado por el Padre. En Él no vemos intentos de alineación, vemos alineación absoluta. No vemos ajustes constantes, vemos una vida que fluye en total dependencia y sincronía con el cielo.

Jesús no vino a iniciar Su propio movimiento, vino a manifestar el movimiento del Padre. **Juan 5:19** lo declara con una claridad que debería redefinir toda perspectiva espiritual: *“De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”.*

Esta afirmación es profundamente confrontativa. Jesús, el Hijo de Dios, no actuaba por iniciativa propia. No se movía por necesidad, ni por oportunidad, ni por presión. Se movía por revelación. Observaba lo que el Padre estaba haciendo, y entonces actuaba en esa misma dirección. Aquí se establece el modelo más alto del Reino: no hacer cosas para Dios, sino hacer lo que Dios está haciendo.

Esto rompe completamente con la mentalidad de muchos hoy, donde se piensa que servir a Dios es generar actividades, producir resultados o sostener estructuras. Jesús no vivió así. Su vida no fue una agenda llena de compromisos, fue una respuesta constante a la voluntad del Padre.

**Juan 5:30** añade otra dimensión: *“No puedo yo hacer nada por mí mismo... porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió”*. Aquí se revela el corazón de la alineación: la renuncia a la voluntad propia. Porque mientras el hombre esté gobernado por lo que quiere, no podrá moverse en lo que Dios quiere.

Jesús no solo obedecía, deseaba obedecer. Su alimento, Su motivación, Su prioridad era hacer la voluntad del Padre. En **Juan 4:34** dice: *“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra”*. Esto no era una obligación, era Su deleite. Esta es la diferencia entre religión y Reino. La religión cumple deberes, el Reino responde a una relación, o más bien una comunión profunda.

A lo largo de los evangelios, vemos a Jesús moviéndose con una precisión impresionante. Sana a algunos, pero no a todos. Se detiene con unos, pasa de largo con otros. Permanece en ciertos lugares y se retira de otros, incluso cuando hay demanda. En **Marcos 1:35 al 38**, después de una jornada de milagros, la gente lo busca desesperadamente. Pero Él responde: *“Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido”*.

Desde la lógica humana, debería haberse quedado donde había éxito. Pero Jesús no se movía por resultados, se movía por propósito. Este es un punto clave: el movimiento de Dios no siempre coincide con nuestras expectativas.

En otra ocasión, en **Juan 11**, cuando le informan que Lázaro está enfermo, Jesús no corre a sanarlo. Permanece dos días más donde estaba. Y cuando le dicen que Lázaro ya ha muerto, determina ir. Desde la perspectiva humana, no había otra que llegar tarde. Pero desde la perspectiva divina, llegó en el momento exacto para manifestar uno de los milagros más extraordinarios.

Esto revela que el tiempo de Dios no está sujeto a la urgencia humana. Jesús no reaccionaba, respondía. Y esa respuesta siempre estaba alineada con el propósito del Padre, no con sus deseos o la presión del entorno.

Incluso en los momentos más intensos, como en Getsemaní, vemos esta alineación en su máxima expresión.

**Mateo 26:39** registra Su oración: ***“Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú”***. Aquí se revela la lucha más profunda que Jesús tuvo que enfrentar: la voluntad humana frente a la voluntad divina. Jesús, en Su humanidad, expresa el deseo de evitar el sufrimiento. Pero inmediatamente somete ese deseo a la voluntad del Padre. Y en ese acto, se consuma la obediencia perfecta. Es como si le hubiese dicho: “No estoy en condiciones de pensar con claridad, piensa Tu, resuelve Tu, yo solo estoy para hacer Tu voluntad y no la mía...”

La cruz no fue un accidente, fue el resultado de una vida completamente alineada. En la carta a los **Filipenses 2:8** Pablo lo resume así: ***“y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”***. La obediencia de Jesús no fue parcial, fue total. No fue circunstancial, fue constante.

Y esta obediencia no solo lo llevó a la cruz, lo llevó a la exaltación. Porque el versículo siguiente dice: ***“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo...”*** (**Filipenses 2:9**). Esto revela un principio eterno: la verdadera exaltación viene después de la alineación, no antes. Jesús no buscó ser exaltado, buscó obedecer. Y en esa obediencia, el Padre lo levantó.

Esto redefine completamente la vida espiritual. Porque ya no se trata de alcanzar posiciones, sino de vivir en alineación. No se trata de hacer grandes cosas, sino de hacer exactamente lo que el Padre está indicando.

**Juan 14:10** añade otra dimensión: *“Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”*. Jesús no solo actuaba según el Padre, hablaba según el Padre. Su vida entera era una expresión visible de lo invisible.

Este es el modelo al que somos llamados. No a copiar acciones, sino a vivir en la misma dependencia. Porque el Nuevo Pacto no se trata de imitar externamente a Jesús, sino de vivir internamente gobernados por el mismo Espíritu. Comprendiendo que su dinámica es Él en nosotros por Su Espíritu y nosotros en Él por Su cuerpo.

**Gálatas 2:20** lo expresa de manera profunda: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* Esto significa que la vida cristiana no es el hombre esforzándose por hacer lo correcto, es Cristo viviendo a través del hombre. Y esto solo es posible cuando el “yo” deja de gobernar, y nos sujetamos a la voluntad divina, cualquiera sea la situación.

Jesús no solo vino a salvar, vino a mostrar cómo se vive bajo el gobierno del Reino. Y ese gobierno no es externo, es interno. Es una vida donde cada decisión, cada paso, cada palabra, está alineada con el Padre. La pregunta entonces es inevitable y profundamente confrontativa: ¿desde dónde estamos viviendo? ¿Desde nuestra voluntad, o desde la voluntad del Padre? ¿Desde nuestra iniciativa, o desde Su dirección? Porque en el Reino, el modelo no es la actividad, es la alineación verdadera y Jesús es el ejemplo.

## Capítulo catorce

# RELIGIOSOS Vs. ENTENDIDOS ESPIRITUALES

*“El que no es espiritual no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son tonterías. Y tampoco las puede entender, porque son cosas que tienen que juzgarse espiritualmente”.*

1 Corintios 2:14 DHH

Uno de los contrastes más impactantes en la vida de Jesús no fue con pecadores evidentes, sino con personas profundamente religiosas. Hombres que conocían las Escrituras, que enseñaban la ley, que tenían influencia espiritual sobre el pueblo, y sin embargo, fueron incapaces de reconocer el movimiento de Dios cuando se manifestó delante de ellos.

Esto debería estremecer cualquier seguridad superficial. Porque demuestra que no basta con conocer a Dios en teoría para discernirlo en la práctica. No basta con manejar información bíblica para reconocer Su mover. Se puede saber mucho, y aun así estar completamente ciegos.

Jesús lo dijo con claridad en **Juan 5:39 y 40**: *“Escudriñad las Escrituras... y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida”*. Aquí hay una revelación profunda: conocían las Escrituras, pero no reconocieron a Aquel de quien las Escrituras hablaban.

Este es el peligro de una espiritualidad basada en conocimiento sin revelación. Se estudia, se analiza, se interpreta, pero no se discierne. Y cuando Dios se mueve fuera de los esquemas establecidos, se genera rechazo. Muchas veces enfundado en el temor, pero al final no se obedece lo que Dios está determinando.

Los fariseos tenían un sistema. Tenían estructuras claras, reglas definidas, interpretaciones consolidadas. Y dentro de ese sistema, se sentían seguros. Pero cuando Jesús aparece, no encaja en su modelo. Sana en sábado, se relaciona con pecadores, habla con autoridad propia, no sigue las tradiciones humanas. Y en lugar de cuestionar su sistema, cuestionan a Jesús.

Esto revela una verdad incómoda: cuando el corazón se apega más al sistema que a Dios, termina rechazando a Dios para defender el sistema.

Jesús los confronta directamente en **Marcos 7:6 y 7**: *“Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres”*. Aquí no está hablando de falta

de actividad espiritual, está hablando de desconexión del corazón.

La religiosidad puede mantener formas externas correctas, pero carecer de vida interna. Puede tener estructura, pero no presencia. Puede tener doctrina, pero no dirección. Y esto es exactamente lo que ocurrió. Los religiosos sabían lo que Dios había hecho en el pasado, pero no podían reconocer lo que estaba haciendo en el presente.

Mientras tanto, personas consideradas “menos espirituales” sí lo reconocieron. Pescadores, publicanos, mujeres marginadas, enfermos. No tenían el conocimiento teológico de los fariseos, pero tenían algo que ellos habían perdido: “sensibilidad espiritual”.

Jesús lo expresó en **Mateo 11:25**: *“Te alabo, Padre... porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños”*. No está exaltando la ignorancia, está señalando una disposición del corazón. Los “sabios” en su propia opinión estaban llenos de sí mismos, mientras que los *“niños”* estaban abiertos a recibir. Aquí se revela un principio clave: el discernimiento espiritual no depende de cuánto sabes, sino de cuán sensible eres.

Los religiosos veían milagros y buscaban explicaciones para invalidarlos. Veían liberaciones y las atribuían a fuerzas equivocadas. Veían la manifestación de Dios y la resistían. Porque cuando el corazón está

endurecido, incluso la evidencia más clara puede ser rechazada.

En **Juan 9**, después de que Jesús sanara a un ciego de nacimiento, los fariseos no celebraron el milagro. Lo cuestionaron. Interrogaron al hombre, investigaron, buscando desacreditar lo ocurrido. Y en medio de todo esto, el ciego declaró algo simple pero poderoso: ***“Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo...”*** (Juan 9:25).

Aquí hay una diferencia fundamental: el religioso analiza, el entendido experimenta. El religioso cuestiona, el entendido reconoce. El religioso se aferra a su estructura, el entendido responde a la manifestación.

Jesús llega a decir en **Juan 9:39**: ***“Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados”***. Esto no significa que Dios quiera cegar, sino que la actitud del corazón determina la percepción espiritual. El que reconoce su necesidad, recibe revelación. El que cree que ya ve, se cierra a lo nuevo que Dios quiere mostrar.

Esto se vuelve aún más grave cuando entendemos que los religiosos no solo no discernieron, sino que se opusieron activamente. Terminaron rechazando a Jesús, resistiendo Su mensaje, y finalmente participando en Su crucifixión. Esto muestra hasta dónde puede llegar un corazón que ha sustituido la relación por la religión.

Y esto no es solo historia, es una advertencia vigente. Porque hoy se puede caer en el mismo patrón. Se puede tener doctrina correcta, estructura sólida, lenguaje espiritual, y aun así no discernir el mover actual de Dios.

Se puede estar tan enfocado en lo que Dios hizo, que no se percibe lo que está haciendo. Tan aferrado a lo conocido, que se rechaza lo nuevo. Tan seguro en la interpretación, que se pierde la revelación.

Por eso, Jesús constantemente confrontaba no solo las acciones, sino la condición del corazón. **Mateo 23** está lleno de declaraciones fuertes contra los fariseos, no por ignorancia, sino por hipocresía y dureza. Pero en medio de esa confrontación, también hay una invitación implícita: volver a la esencia. Volver a la comunión. Volver a la sensibilidad.

Porque el problema no es la Escritura, es cómo se la usa. No es la doctrina, es cómo se la vive. No es el conocimiento, es si ese conocimiento produce vida o solo información. El entendido espiritual no es el que más sabe, es el que más discierne. Es aquel que, aunque tenga conocimiento, no se apoya en él como su base, sino que permanece dependiente del Espíritu.

**1 Corintios 2:14** lo expresa claramente: *“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... porque se han de discernir espiritualmente”*. Esto

significa que el mover de Dios no se entiende con lógica natural, se discierne con sensibilidad espiritual.

La pregunta entonces es profundamente necesaria: ¿desde dónde estamos percibiendo lo que ocurre? ¿Desde el conocimiento acumulado, o desde la sensibilidad al Espíritu Santo? ¿Desde un sistema aprendido, o desde una relación viva? Porque en el Reino, no quedan fuera los que no saben... quedan fuera los que creen que ya no necesitan escuchar.

Al final, no se trata de cuánto conocemos de Dios, sino de si podemos reconocerlo cuando Él se mueve, o cuando quiere que nos movamos en favor de Su propósito.



## Capítulo quince

# LA REGENERACIÓN Y LA PERCEPCIÓN DEL REINO

*“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es...”*

Juan 3:5 y 6

Después de confrontar la ceguera espiritual de los religiosos, la Escritura nos lleva a una verdad aún más profunda: no se puede percibir el Reino de Dios desde la condición natural del hombre. No importa cuánto conocimiento tenga, cuánta experiencia acumule o cuánta disciplina desarrolle, hay una barrera que solo puede ser atravesada mediante una obra interna de Dios.

Jesús lo estableció con absoluta claridad en Su conversación con el maestro Nicodemo. En **Juan 3:3** declara: *“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”*. Esta afirmación es contundente. No dice que le costará ver, no dice que lo verá con dificultad... dice que no puede verlo. Esto define el

problema de raíz: el hombre natural está incapacitado para percibir el movimiento de Dios.

Nicodemo no era cualquier persona. Era fariseo, maestro de Israel, conocedor de la Ley. Tenía formación, conocimiento, posición espiritual. Y aun así, no podía entender lo que Jesús le estaba diciendo. Porque el Reino no se accede por conocimiento, se accede por nacimiento.

El nuevo nacimiento, o la llamada regeneración, no es una mejora de la vida anterior, es el inicio de una vida completamente nueva. No es un ajuste externo, es una transformación interna. Es el paso de una naturaleza gobernada por la carne a una naturaleza vivificada por el Espíritu. Con esto, Jesús estableció una distinción absoluta entre dos naturalezas. Y la realidad de que cada una percibe de manera diferente.

El problema del hombre no es solo su conducta, es su naturaleza. Y mientras esa naturaleza no sea transformada, todo intento de discernir a Dios será limitado, distorsionado o completamente errado. Por eso, el nuevo nacimiento no es una opción dentro de la vida cristiana, es el punto de partida. Sin él, no hay percepción, no hay comprensión, no hay alineación real con el movimiento de Dios.

Jesús utiliza una imagen poderosa para explicar cómo opera el Espíritu: ***“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”*** (Juan 3:8). Aquí

se revela una dimensión clave: el movimiento del Espíritu no es controlable ni predecible desde la lógica humana. Se discierne, no se manipula. Se percibe, no se programa.

El que ha nacido del Espíritu comienza a desarrollar una sensibilidad diferente. Ya no vive guiado únicamente por lo visible, por lo lógico o por lo inmediato. Comienza a percibir impulsos internos, dirección espiritual, convicción profunda. No siempre puede explicarlo todo, pero sabe cuándo Dios está guiando. Esto no es misticismo, es vida espiritual real.

**Romanos 8:14** lo confirma: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”*. No dice “los que conocen más”, ni “los que hacen más”, sino los que son guiados. La evidencia de la vida espiritual no es la actividad, es la dirección.

Aquí es donde muchos se confunden. Intentan vivir la vida cristiana desde la mente, desde la disciplina, desde el esfuerzo. Pero el Reino no se vive así. Se vive desde el Espíritu. **Gálatas 5:25** dice: *“Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”*. Es decir, no basta con haber recibido vida, hay que caminar en esa vida. Y caminar implica dependencia continua.

El nuevo nacimiento abre la puerta, pero la vida en el Espíritu requiere desarrollo. Requiere aprender a discernir, a escuchar, a responder. Y aquí aparece otro punto clave: la sensibilidad se puede cultivar, o se puede endurecer.

**Hebreos 5:14** dice que *“los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal”*. Esto significa que la percepción espiritual crece con la práctica. Cuanto más se responde a la dirección de Dios, más clara se vuelve Su voz.

Pero también ocurre lo contrario. Cuando se ignora, cuando se resiste, cuando se prioriza la lógica sobre la dirección del Espíritu, esa sensibilidad se va perdiendo. Y poco a poco, la vida espiritual se vuelve mecánica, rutinaria, sin discernimiento real.

El nuevo nacimiento no garantiza madurez, garantiza posibilidad. La madurez depende de cómo se responde a esa nueva vida. Por eso, muchos que han nacido de nuevo, aún viven como si no pudieran percibir el Reino. No porque no tengan la capacidad, sino porque no la desarrollan, y cuando un renacido no madura, no difiere de un esclavo (**Gálatas 4:1**). Pablo lo explica muy bien:

*“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido... lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu”.*

1 Corintios 2:12 y 13

Esto muestra que el Espíritu no solo da vida, da entendimiento. Pero ese entendimiento no se procesa de manera natural, se discierne espiritualmente.

Aquí es donde se marca la diferencia entre vivir una fe superficial y vivir una vida alineada al movimiento de Dios. El que ha nacido del Espíritu y camina en el Espíritu, comienza a percibir lo que otros no perciben. Discierne tiempos, reconoce dirección, identifica la presencia de Dios. No porque sea más inteligente, sino porque está conectado.

Se puede haber experimentado el nuevo nacimiento, pero vivir desconectado de esa vida. Se puede tener acceso al Reino, pero no percibir su movimiento. Y el gran tema, no solo es recibir la gracia de nacer de nuevo, es vivir como alguien que ha nacido de nuevo, procurando la madurez y el desarrollo espiritual.

Cuando ese desarrollo se produce, dejamos de depender de la lógica natural, para comenzar a depender de la dirección del Espíritu Santo. Dejamos de buscar control, para comenzar a caminar en sensibilidad. Dejamos de querer entender todo, para aprender a discernir lo que Dios está haciendo. Porque en el Reino, no se trata de ver con los ojos naturales, sino de percibir con el espíritu.

Esto solo podemos lograrlo aquellos que hemos sido transformados internamente. Solo entonces somos capaces de reconocer el movimiento de un Dios que sigue obrando, aunque muchos no lo vean. Esto es el resultado de una gracia maravillosa que debemos valorar con todo el corazón.



PARTE IV

**EL ESPÍRITU  
Y LA IGLESIA**

## Capítulo dieciséis

# EL ESPÍRITU SANTO NUESTRO GUIADOR

***“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”.***

Juan 16:13

Con la venida del Espíritu Santo, el movimiento de Dios entra en una dimensión completamente nueva. Ya no está limitado a una nube visible, a una columna de fuego o a manifestaciones externas específicas. Ahora, el mismo Espíritu de Dios habita en nosotros, guiándonos desde adentro. Esto no es un cambio menor, es una transformación radical en la manera en que nos relacionamos con el movimiento de Dios.

Jesús lo anticipó antes de Su partida, por eso dijo que vendría, pero nosotros ya disfrutamos de Su persona. Además, no dijo que solo enseñaría, dijo que guiaría. Esto implica dirección, proceso, acompañamiento constante. El Espíritu Santo no es solo una presencia, es una guía activa.

Aquí se establece una diferencia fundamental con todo lo anterior. En el Antiguo Testamento, el pueblo seguía señales externas. Ahora, en el nuevo pacto, el creyente es guiado internamente. Ya no depende de ver una nube, depende de discernir una voz. Y esa voz no siempre será audible, muchas veces será una convicción, una impresión, una dirección interna clara pero silenciosa.

**Romanos 8:14** lo confirma: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”*. Esto define nuestra identidad. No por lo que sabemos, ni por lo que hacemos, sino por lo que seguimos. Ser hijos implica ser guiados.

Esto confronta directamente la independencia espiritual. Porque muchos quieren tener al Espíritu Santo como respaldo, pero no como guía. Quieren Su poder, pero no Su dirección. Quieren Su presencia en momentos específicos, pero no Su gobierno constante.

Pero el diseño del Reino es claro: el Espíritu Santo no vino a asistir al hombre en sus planes, vino a dirigir la vida del hombre según los planes de Dios. **Gálatas 5:16** lo expresa de manera directa: *“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”*. Aquí vemos que hay dos sistemas operando simultáneamente: la carne y el Espíritu. Y el creyente decide diariamente cuál de los dos gobierna su vida.

Andar en el Espíritu no es un evento aislado, es un estilo de vida. Es una decisión constante de rendir la voluntad propia para seguir la dirección interna que el Espíritu da. Esto requiere sensibilidad. Porque el Espíritu Santo no empuja, guía. No obliga, dirige. No grita, habla con claridad suficiente para quien está dispuesto a escuchar.

**1 Reyes 19:12** describe la voz de Dios como *“un silbo apacible y delicado”*. Y aunque ese pasaje es anterior al Nuevo Pacto, revela una característica que sigue vigente: Dios no siempre se manifiesta en lo estruendoso, muchas veces se revela en lo sutil.

El problema es que muchos han perdido la capacidad de percibir lo sutil. Están tan acostumbrados al ruido, a la actividad, a la urgencia, que no logran discernir la dirección interna del Espíritu. Por eso, aprender a ser guiado por el Espíritu implica también aprender a aquietar el alma. Implica desarrollar una vida de comunión, de oración, de atención. No como una práctica religiosa, sino como una necesidad vital.

**Efesios 4:30** advierte: *“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios...”*. Esto muestra que la relación con el Espíritu puede ser afectada. No en términos de pérdida de salvación, sino en términos de sensibilidad. Se puede apagar Su voz, se puede ignorar Su dirección, se puede endurecer el corazón. En **1 Tesalonicenses 5:19** lo dice de forma aún más directa: *“No apaguéis al Espíritu”*. Esto implica que el

Espíritu está activo, hablando, guiando, pero el hombre puede decidir no responder.

Aquí está uno de los mayores peligros de la vida cristiana: acostumbrarse a ignorar la dirección del Espíritu. Al principio, la voz es clara. Hay convicción, hay dirección, hay incomodidad cuando algo no está bien. Pero si se ignora repetidamente, esa sensibilidad comienza a disminuir. Y lo que antes era evidente, ahora se vuelve confuso.

Por eso, la clave no es solo escuchar, es obedecer. Porque la obediencia mantiene la sensibilidad. Cada vez que se responde a la dirección del Espíritu, la conexión se fortalece.

El libro de los Hechos es una evidencia clara de esta dinámica. La Iglesia primitiva no se movía por estrategias humanas, se movía por dirección del Espíritu. En **Hechos 16:6 y 7** dice que *“les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia... e intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu no se lo permitió”*.

Esto es impresionante. No solo eran guiados a hacer cosas, también eran detenidos. El Espíritu no solo abre puertas, también las cierra. Y discernir ambas cosas es igual de importante. Luego, en el mismo capítulo, Pablo recibe una visión de un varón macedonio. Y entonces entienden hacia dónde deben ir. Esto muestra que la guía del Espíritu puede venir de diferentes maneras, pero siempre requiere sensibilidad para ser reconocida.

El creyente que vive guiado por el Espíritu no depende de fórmulas. No vive repitiendo lo que funcionó antes. No se apoya en su experiencia como base. Vive en una dependencia continua, ajustando su caminar según la dirección que recibe.

Esto no significa vivir en incertidumbre, significa vivir en dependencia. Y esa dependencia produce una seguridad más profunda que cualquier plan humano. Porque saber que Dios está guiando cada paso es mayor que tener todo el camino resuelto de antemano.

**Juan 14:26** dice que el Espíritu “*os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho*”. Esto significa que no solo guía hacia adelante, también trae claridad sobre lo que ya ha sido revelado. La vida en el Espíritu es dinámica. No es repetitiva, no es mecánica. Es una relación viva donde el creyente aprende a discernir, a escuchar y a responder.

La pregunta entonces es directa: ¿quién está guiando nuestra vida? ¿Nuestras decisiones nacen de nuestra lógica, o de la dirección del Espíritu? ¿Nuestros pasos responden a una agenda personal, o a la establecida por el guiador? ¿Estamos viviendo desde el control, o desde la dependencia?

En el Nuevo Pacto, el mayor privilegio no es solo tener acceso a Dios, es ser guiado por Él constantemente. Y aquellos que aprendemos a vivir bajo esa guía, no solo podemos avanzar de manera efectiva, sino que podemos avanzar por el camino correcto (**Romanos 8:14**).

## Capítulo diecisiete

# CUANDO LA IGLESIA PIERDE EL MOVER

*“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.*

Hechos 1:8

A lo largo de la historia bíblica y de la historia de la Iglesia, hay un patrón que se repite con una precisión alarmante: Dios se mueve, el hombre responde, se establece una obra, pero con el tiempo, esa obra puede quedarse sin el movimiento que la originó. Lo que comenzó como vida, puede terminar como forma. Lo que nació del Espíritu, puede convertirse en estructura sin dirección.

Esto no ocurre de un día para otro. Es un proceso lento, casi imperceptible. No es una rebelión abierta, es una desconexión progresiva.

El libro de Apocalipsis nos da una imagen clara de esto en el mensaje a la iglesia de Éfeso. En **Apocalipsis 2:2 y 3**, Jesús reconoce muchas cosas positivas: *“Yo conozco tus*

***obras, y tu arduo trabajo y paciencia... y no has desmayado***". Había actividad, había perseverancia, había esfuerzo. Pero en el versículo siguiente viene la confrontación: ***"Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor"*** (Apocalipsis 2:4).

Esto es profundamente revelador. No habían dejado de hacer cosas, habían dejado de amar correctamente. Y cuando el amor se pierde, la relación se enfría. Y cuando la relación se enfría, la dirección se pierde. Porque el movimiento de Dios no se sostiene por actividad, se sostiene por comunión.

La iglesia de Éfeso seguía funcionando. Había obras, había disciplina, había doctrina. Pero algo esencial ya no estaba: la conexión viva con Aquel que los había llamado. Y Jesús es claro: ***"Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete... pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar"***.

El candelero representa la presencia activa de Dios. No la existencia de la iglesia, sino su capacidad de reflejar la luz de Dios. Es posible seguir existiendo, pero sin reflejar Su presencia. Este es uno de los estados más peligrosos: continuar sin el movimiento de Dios.

Porque cuando la Iglesia pierde ese movimiento, comienza a sostenerse por métodos humanos. Se apoya en la organización, en la experiencia, en la tradición. Y aunque externamente todo puede parecer correcto, internamente hay una desconexión.

Esto ya había ocurrido en la historia de Israel. **Jeremías 2:13** lo expresa así: ***“Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua”***. Aquí hay dos acciones claras: abandonar la fuente, y sustituirla. Porque el hombre no tolera el vacío espiritual, siempre va a intentar llenarlo. Pero cuando se abandona la fuente viva, lo que se construye en su lugar no tiene capacidad de sostener vida.

Las cisternas representan sistemas humanos que intentan reemplazar la dependencia de Dios. Programas, estructuras, métodos que pueden funcionar por un tiempo, pero que no tienen la esencia del Espíritu. Y esto es exactamente lo que ocurre cuando se pierde el movimiento de Dios. Se mantiene la forma, pero se pierde la vida.

**2 Timoteo 3:5** lo describe con precisión: ***“que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”***. No dice que no habrá apariencia, dice que no habrá poder. Porque el poder no viene de la estructura, viene de la presencia.

El problema es que este estado puede volverse normal. Las personas se acostumbran. Aprenden a vivir sin el movimiento de Dios. Ajustan sus expectativas, reducen su búsqueda, y terminan conformándose con una espiritualidad funcional pero vacía. Y aquí está el mayor peligro: perder la conciencia de la ausencia.

Sansón es un ejemplo claro de esto. En **Jueces 16:20**, después de haber comprometido su relación con Dios, dice: ***“Esta vez saldré como las otras y me escaparé”***. Pero el versículo añade algo devastador: ***“Pero él no sabía que Jehová ya se había apartado de él”***. Este es el punto más crítico: seguir actuando... sin saber que la presencia ya no está respaldando.

Esto no comienza con grandes decisiones, comienza con pequeñas desconexiones. Falta de oración, falta de búsqueda, decisiones tomadas sin consultar a Dios, dependencia de lo conocido. Y poco a poco, la sensibilidad se pierde. Pero lo más grave es que, cuando el movimiento de Dios se pierde, también se pierde la capacidad de discernirlo. Y entonces, incluso cuando Dios comienza a moverse en otro lugar, no se reconoce.

Esto fue lo que ocurrió con los religiosos en tiempos de Jesús. Tenían el sistema, tenían la estructura, tenían la tradición, pero no tenían la capacidad de reconocer al Mesías. Porque cuando el corazón se acostumbra a la forma, rechaza la vida cuando se manifiesta fuera de ella.

Sin embargo, este capítulo no es solo una advertencia, es una invitación. Porque Jesús no solo confronta a Éfeso, le da una salida: ***“recuerda... arrepíentete... y haz las primeras obras”***. Volver al primer amor no es volver a la emoción inicial, es volver a la dependencia original. Es recuperar la centralidad de la relación, la sensibilidad al Espíritu, el deseo genuino de caminar con Dios.

Esto implica ajustes. Implica reconocer que algo se ha perdido. Implica dejar estructuras que ya no tienen vida. Implica volver a buscar no por obligación, sino por necesidad. Porque el movimiento de Dios no se recupera con más actividad, se recupera con más dependencia.

Hoy, la Iglesia enfrenta este mismo desafío. Hay mucho hacer, pero poco discernir. Mucha estructura, pero poca dirección. Mucha información, pero poca revelación. Y en medio de todo esto, Dios sigue moviéndose. Pero no todos lo están siguiendo.

La pregunta entonces es profundamente necesaria y la debe contestar cada congregación: ¿estamos viviendo dentro del movimiento de Dios, o estamos sosteniendo una estructura que alguna vez tuvo vida? ¿nuestro caminar está marcado por la dirección del Espíritu Santo, o por la repetición de lo conocido o lo impuesto por la institución?

Porque en el Reino, no se trata de mantener lo que fue, sino de alinearse a lo que Dios está haciendo ahora. Y solo aquellos que están dispuestos a reconocer, arrepentirse y volver, son los que recuperan el privilegio de caminar dentro de Su movimiento. Creo que es un tiempo de grandes desafíos para quienes ejercen un liderazgo en la iglesia actual. ¿Obedecerán a Dios o a las estructuras institucionales?



## Capítulo dieciocho

### ACTIVIDAD Vs. DIRECCIÓN

*“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.”*

Filipenses 2:13

Uno de los engaños más sutiles dentro de la vida espiritual es creer que estar ocupado es equivalente a estar alineado con Dios. Y aunque esto puede parecer evidente en teoría, en la práctica es una de las trampas más comunes. Porque la actividad puede generar la sensación de avance, puede llenar espacios, puede producir resultados visibles, pero no necesariamente nace del movimiento de Dios.

En el Reino, no todo lo que se hace tiene origen divino. Y no todo lo que parece espiritual está guiado por el Espíritu. Marta es un ejemplo claro de esta tensión. En **Lucas 10:40**, se dice que estaba *“afanada y turbada con muchos quehaceres”*. No estaba haciendo algo incorrecto. Estaba sirviendo. Estaba ocupada en lo que parecía necesario. Pero Jesús le dice algo profundamente revelador: *“Marta, Marta,*

*afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria...*” (Lucas 10:41 y 42).

Aquí no hay una corrección a la acción en sí, sino a la prioridad. Marta estaba haciendo, pero no estaba enfocada en lo esencial. María, en cambio, estaba sentada a los pies de Jesús, escuchando. Y Jesús declara que ella había escogido la mejor parte. Esto establece un principio fundamental: antes de hacer, hay que escuchar. Antes de moverse, hay que discernir.

El problema no es la actividad, es la actividad sin dirección. Porque cuando la actividad no nace de la guía de Dios, inevitablemente produce desgaste. Puede sostenerse por un tiempo, pero no tiene la gracia necesaria para perdurar. Y lo más peligroso es que puede volverse una carga espiritual.

Muchos hoy están cansados, no porque estén haciendo demasiado, sino porque están haciendo cosas que Dios no les pidió. Están sosteniendo estructuras, responsabilidades, compromisos que no nacieron del Espíritu, sino de la presión, de la costumbre o de la expectativa humana. Y esto genera un desgaste que no se resuelve con descanso físico, porque la raíz no es física, es espiritual.

Jesús nunca vivió así. Su vida no estaba llena de actividad innecesaria. Cada paso que daba tenía propósito. Cada acción respondía a una dirección. No se movía por demanda, se movía por revelación. En **Juan 5:19**, como ya

vimos, declara que solo hacía lo que veía hacer al Padre. Esto significa que no respondía a todo, respondía a lo correcto.

Aquí hay una clave poderosa: no todo lo que necesita hacerse es lo que Dios te está llamando a hacer. Y esto requiere discernimiento. Porque el enemigo no siempre intentará detenerte, muchas veces intentará distraerte. No con cosas malas, sino con cosas innecesarias.

La actividad sin dirección genera un movimiento aparente. Da la impresión de que algo está ocurriendo, pero en realidad no hay avance real en el propósito de Dios. Es como correr en una caminadora: hay esfuerzo, hay movimiento, pero no hay progreso.

Esto también se ve en el caso de los discípulos después de la resurrección. En **Juan 21**, Pedro dice: *“Voy a pescar”*. Y los demás lo siguen. Vuelven a una actividad que conocían bien. No era pecado, no era incorrecto en sí mismo. Pero no era la dirección de ese momento. Pescan toda la noche, y no obtienen nada. Esto revela algo importante: se puede estar haciendo algo legítimo, pero fuera del tiempo o la dirección de Dios, y el resultado será esterilidad.

Pero cuando Jesús aparece y les da una instrucción específica, *“echad la red a la derecha de la barca”*, todo cambia. En un instante, lo que no lograron con esfuerzo humano, ocurrió por obediencia a la dirección divina. Esto marca la diferencia entre actividad y dirección.

La actividad depende del esfuerzo. La dirección depende de la obediencia. La actividad busca resultados. La dirección produce fruto. La actividad se sostiene en la capacidad humana. La dirección se respalda en el poder de Dios.

Este es un punto crítico para la Iglesia hoy. Porque hay una tendencia a medir el éxito por la cantidad de cosas que se hacen. Más programas, más eventos, más iniciativas. Pero pocas veces se pregunta: ¿esto nació de Dios? Y cuando esa pregunta no se hace, se corre el riesgo de llenar la agenda... y vaciar el propósito.

El engaño del movimiento aparente es que mantiene a las personas ocupadas, pero no necesariamente conectadas. Y con el tiempo, esto produce una espiritualidad superficial, donde hay acción sin profundidad, hacer sin dirección, esfuerzo sin fruto eterno.

**Salmos 127:1** lo expresa con claridad: “*Si Jehová no edificar la casa, en vano trabajan los que la edifican*”. No dice que no trabajen, dice que trabajan en vano. Porque el problema no es el trabajo, es la ausencia de Dios en ese trabajo. Por eso, el llamado no es a hacer menos, es a hacer lo correcto. No es a detenerse completamente, es a alinearse correctamente.

Esto implica detenerse cuando es necesario. Evaluar. Escuchar. Preguntar. Porque muchas veces, la voluntad de Dios no es añadir, es quitar. No es acelerar, es ajustar. **Hechos 6** nos da un ejemplo práctico. Los apóstoles estaban

atendiendo muchas necesidades, pero se dan cuenta de que algo no estaba bien. Entonces declaran: ***“No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas”*** (Hechos 6:2).

No estaban diciendo que servir mesas fuera incorrecto. Estaban discerniendo que no era su asignación. Y al hacer ese ajuste, el resultado fue crecimiento y expansión. Esto muestra que la dirección correcta libera el flujo del Reino.

En el Reino, no se trata de cuánto nos movemos, sino de si nos estamos moviendo en la dirección correcta. Y al final, lo que permanece no es lo que hicimos con esfuerzo personal, sino lo que hicimos en obediencia al Espíritu Santo y operamos bajo Su poder.



## Capítulo diecinueve

# DISCERNIR EL MOVER DE DIOS HOY

***“Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios”.***

1 Corintios 2:9 y 10

Hablar del mover de Dios en el presente no es un ejercicio teórico, es una necesidad espiritual urgente. Porque si algo ha quedado claro a lo largo de toda la Escritura, es que Dios se mueve en tiempos, en formas y en direcciones específicas. Y aquellos que no desarrollan la capacidad de discernir ese mover, inevitablemente quedan desfasados, aun teniendo buena intención.

El problema no es que Dios haya dejado de hablar, es que muchos han dejado de percibir. Jesús confrontó esta realidad en Su tiempo con una pregunta que sigue siendo vigente: ***“¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo?”*** (Lucas 12:57), y antes había dicho: ***“¡Hipócritas!***

***Sabéis distinguir el aspecto del cielo y de la tierra; ¿y cómo no distinguís este tiempo?***” (Lucas 12:56). Esto revela que hay una incapacidad desarrollada: saber interpretar lo natural, pero no lo espiritual.

Discernir el mover de Dios no es automático. No ocurre simplemente por asistir, por escuchar o por estar dentro de un entorno espiritual. Es una capacidad que se desarrolla a través de una vida alineada, sensible y dependiente del Espíritu.

**Hebreos 5:14** lo expresa claramente: ***“pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento...”*** Es decir, el discernimiento no es un don aislado, es el resultado de una práctica continua.

Esto significa que el que discierne no es el que más escucha, sino el que más responde. Porque cada vez que se obedece la dirección de Dios, la sensibilidad aumenta. Y cada vez que se ignora, se debilita. Pero, ¿cómo se reconoce el mover de Dios hoy? No hay una fórmula única, pero la Escritura nos da principios claros.

Primero, el mover de Dios siempre está alineado con Su naturaleza y Su Palabra. Dios no se contradice. No hará algo hoy que niegue lo que ya ha establecido. Por eso, el discernimiento no es una experiencia desligada de la verdad bíblica, sino una aplicación viva de ella. **Juan 16:13** declara que el Espíritu ***“os guiará a toda la verdad”***. No a cualquier

dirección, sino a la verdad. Esto protege al creyente de confundir emociones, impulsos o ideas humanas con la guía divina.

Segundo, el mover de Dios produce vida. Puede confrontar, puede incomodar, puede desafiar, pero siempre produce vida. **Romanos 8:6** dice: *“porque el ocuparse del Espíritu es vida y paz”*. No necesariamente comodidad, pero sí paz profunda. Esto es importante, porque no todo lo que emociona viene de Dios, y no todo lo que confronta es incorrecto. El discernimiento va más allá de las sensaciones inmediatas, se centra en el fruto.

Tercero, el mover de Dios requiere sensibilidad, no solo conocimiento. Muchos saben lo que Dios hizo, pero no perciben lo que está haciendo. Y esto los deja atrapados en experiencias pasadas. **Isaías 43:19** dice: *“He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis?”*. Esto muestra que Dios sigue haciendo cosas nuevas, pero no todos las reconocen. No porque sean invisibles, sino porque no están atentos. El mayor obstáculo para discernir lo nuevo de Dios es aferrarse a lo viejo de Dios.

Cuarto, el mover de Dios no siempre será masivo ni evidente para todos. Muchas veces comienza de manera sencilla, incluso desapercibida. Como una semilla. Jesús dijo en **Mateo 13:31 y 32** que el Reino es como un grano de mostaza: pequeño al inicio, pero con un crecimiento significativo. Esto significa que no todo lo que parece

pequeño es insignificante, y no todo lo que parece grande es divino.

Quinto, el mover de Dios siempre tendrá oposición. No todo rechazo es señal de error. Muchas veces, es evidencia de que algo está confrontando estructuras establecidas. **Hechos 5:38 y 39** lo expresa así: *“si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá; más si es de Dios, no la podréis destruir”*. El tiempo y el fruto terminan revelando el origen.

Pero más allá de estos principios, hay algo aún más profundo: el discernimiento del mover de Dios es personal. No se trata solo de identificar lo que Dios está haciendo en general, sino de reconocer qué está haciendo con nuestras vidas. Porque se puede percibir un mover global y aun así no estar alineado personalmente.

Muchos hoy hablan de lo que Dios está haciendo, pero no saben qué está haciendo en sus propias vidas. Y aquí es donde el discernimiento se vuelve práctico. No es solo reconocer eventos, es reconocer dirección. ¿Dónde nos está guiando Dios? ¿Qué está tratando en nuestra vida? ¿Qué nos está pidiendo ajustar? ¿Qué nos está llamando a dejar o a retomar?

Porque el mover de Dios no es solo algo que se observa, es algo en lo que se participa. El problema es que muchos buscan confirmación externa sin desarrollar convicción interna. Quieren señales visibles, palabras

audibles, evidencias claras, pero no cultivan la sensibilidad al Espíritu. Y aunque Dios puede usar diferentes medios, Su diseño principal es la guía interna.

**Colosenses 3:15** dice: *“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones...”* Esa paz no es ausencia de conflicto externo, es confirmación interna. Es el testimonio del Espíritu alineando el corazón con la voluntad de Dios.

Discernir el mover de Dios hoy requiere detenerse en medio del ruido, afinar el oído espiritual y estar dispuesto a obedecer, incluso cuando no todo es claro. Porque el discernimiento sin obediencia no tiene valor. Se puede percibir lo que Dios está haciendo y aun así no alinearse. Y eso deja al hombre en la misma posición que el que no discierne.

En el Reino, no basta con saber que Dios se mueve. Es necesario movernos con Él. Y aquellos que desarrollan esa sensibilidad, no solo entienden los tiempos, sino que caminan dentro de esos tiempos, concretando lo profético para la gloria de Dios.



**PARTE V**

**UNA IGLESIA  
QUE SE MUEVE  
CORRECTAMENTE**

## Capítulo veinte

# LA ACTITUD ESPIRITUAL DE MOISÉS

*“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.”*

Hebreos 11:24 al 26

Si hay una expresión que resume la esencia de una vida alineada con el movimiento de Dios, es la declaración de Moisés en el desierto: **“Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí”** (Éxodo 33:15). Esta frase no es una emoción momentánea, es una convicción profunda que define una manera de vivir.

Moisés no estaba pidiendo más milagros, no estaba buscando más señales, no estaba exigiendo resultados. Estaba estableciendo una prioridad absoluta: sin la presencia de Dios, no hay razón para avanzar. Su objetivo no fue el de

cualquier mortal, sino que prefirió el dolor que la recompensa terrenal que persiguen los hombres.

Aquí se revela el corazón correcto para todo aquel que quiere caminar en el Reino. No se trata de llegar, se trata de llegar con Él. No se trata de conquistar, se trata de conquistar bajo Su dirección. No se trata de moverse, se trata de moverse con Su presencia.

El “espíritu de Moisés” no es una personalidad, es una postura espiritual. Es la decisión de no dar un paso si Dios no está en ese paso. Es la renuncia a la autosuficiencia, al control, a la confianza en la experiencia. Es una dependencia absoluta. Esto es profundamente confrontativo en un tiempo donde la tendencia es avanzar, producir, lograr. Porque el mundo mide el éxito por el movimiento, pero el Reino lo mide por la presencia.

Moisés había visto la gloria de Dios, había experimentado Su poder, había sido usado de manera extraordinaria. Pero entendía que nada de eso garantizaba el futuro. La única garantía era la presencia continua de Dios y el caminar en Su propósito.

**Éxodo 33:16** lo expresa así: *“¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros...?”*. Moisés no define la identidad del pueblo por su historia, ni por sus experiencias, ni por sus logros, sino por la presencia de Dios en medio de ellos. Esto establece una verdad fundamental: lo que

distingue al pueblo de Dios no es lo que hace, es con quién camina.

Hoy, muchos buscan diferenciarse por métodos, por estilos, por estrategias. Pero el verdadero distintivo sigue siendo el mismo: la presencia de Dios. Y cuando esa presencia no está, todo lo demás pierde valor, aunque externamente funcione.

El espíritu de Moisés también implica una búsqueda constante. En **Éxodo 33:18**, Moisés le dice a Dios: ***“Te ruego que me muestres tu gloria”***. Esto no es falta de experiencia, es hambre espiritual. Cuanto más conocía a Dios, más quería conocerlo. Este es otro aspecto clave: el que camina con Dios nunca se conforma. No vive de lo que ya experimentó, anhela lo que Dios quiere revelar ahora.

La complacencia espiritual es uno de los mayores enemigos del movimiento de Dios. Porque cuando alguien cree que ya ha llegado, deja de buscar. Y cuando deja de buscar, deja de percibir.

Pero Moisés no se detiene. Sigue subiendo al monte, sigue entrando en la presencia, sigue exponiéndose a la voz de Dios. Y esa vida de comunión es la que le permite guiar al pueblo correctamente. Esto revela algo importante: nadie puede guiar a otros en el movimiento de Dios si no vive personalmente en ese movimiento.

No se puede liderar desde la teoría. No se puede dirigir desde la distancia. El liderazgo en el Reino nace de la comunión, no de la capacidad. Josué entendió esto. En **Éxodo 33:11** se dice que, mientras Moisés hablaba con Dios cara a cara, Josué *“nunca se apartaba de en medio del tabernáculo”*. Él no solo veía a Moisés, se exponía a la misma presencia. Y por eso, cuando le tocó liderar, tenía una base espiritual real.

El espíritu de Moisés no buscaba protagonismo, buscaba presencia y eso es lo que debemos imitar. Moisés nunca buscó reconocimiento, solo buscaba dirección. No buscó avanzar rápido, buscó avanzar correctamente. Y esto tiene implicaciones prácticas muy profundas para nosotros.

Según su ejemplo, debemos detenernos cuando Dios no nos ha hablado. Debemos renunciar a oportunidades que no provienen de Él. Debemos decir “no” a lo que parece bueno, pero no es Su voluntad. Debemos esperar cuando todo alrededor empuja a movernos.

Pero también significa avanzar con seguridad cuando Dios nos guía. Porque cuando Su presencia está en un movimiento, no importa cuán difícil parezca, habrá respaldo.

**Isaías 30:21** lo describe así: *“Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él...”* Esta es la experiencia de una vida guiada por la presencia.

El espíritu de Moisés se forma en la presencia. No en la actividad, no en la exposición, no en la plataforma. Se forma en lo secreto, en el encuentro, en el diálogo constante con Dios. Jesús mismo vivió esto. Aunque era el Hijo, buscaba al Padre constantemente. Se apartaba a orar, se retiraba a lugares solitarios, cultivaba la comunión. Porque entendía que la dirección fluye de la comunión.

En el Reino, no se trata de hacer cosas para Dios, sino de caminar con Él. Y eso comienza con una decisión clara: no avanzar sin Su presencia. La actitud de Moisés no es opcional para una Iglesia que quiere moverse correctamente hoy en día. Es esencial. Porque al final, no importa cuánto avancemos si Dios no está con nosotros. Pero si Él está, incluso el desierto se puede convertir en un lugar de bendición.

Y aquellos que adoptan esta postura, no solo evitarán errores, sino que se convertirán en portadores de Su presencia en medio de un mundo que indudablemente la ha perdido.



## Capítulo veintiuno

# OÍR LAS TROMPETAS DEL ESPÍRITU

*“Hazte dos trompetas de plata... y te serán para convocar la congregación, y para hacer mover los campamentos”.*

Números 10:2

En el Antiguo Testamento, Dios estableció medios claros y visibles para dirigir a Su pueblo. Entre ellos, las trompetas ocupaban un lugar fundamental. En este pasaje de números, vemos que el diseño fue hacer dos trompetas de plata para convocar a la congregación, y para hacer mover los campamentos. Indudablemente, estos no eran instrumentos musicales solamente, eran instrumentos de dirección.

Las trompetas marcaban momentos específicos: cuándo reunirse, cuándo partir, cuándo avanzar a la guerra. No era el pueblo el que decidía moverse, era Dios quien indicaba el momento. Y las trompetas eran el medio para comunicar esa dirección. Entiendo perfectamente que hoy ya no hay trompetas físicas sonando en medio del campamento,

pero si hay sonidos espirituales. Por lo tanto, la pregunta es clara: ¿cómo oímos hoy las “trompetas” espirituales de Dios?

La respuesta está en el mismo cambio que vimos anteriormente: la dirección ya no es principalmente externa, es interna. El Espíritu Santo ha tomado el lugar de guía directa en la vida del creyente. Y esa guía funciona como una “voz espiritual” que marca tiempos, decisiones y movimientos.

Sin embargo, esto no significa que sea automático. Así como en el desierto había que estar atentos al sonido de la trompeta, hoy es necesario desarrollar una sensibilidad para percibir la dirección del Espíritu Santo.

**Apocalipsis 3:22** lo expresa de manera contundente: *“El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”*. No dice “el que tiene mente”, ni “el que tiene información”, dice *“el que tiene oído”*. Porque el problema no es la falta de voz, es la falta de oído espiritual.

Dios sigue hablando. El Espíritu sigue guiando. Pero no todos están escuchando. Las “trompetas” hoy en día se manifiestan de distintas maneras, pero todas tienen un mismo origen: el Espíritu Santo.

A veces, es una convicción interna clara. Una certeza profunda que no viene de la lógica, sino del Espíritu. No siempre se puede explicar, pero se sabe. Es esa dirección que empuja a avanzar... o que detiene con firmeza.

Otras veces, es a través de la Palabra. Un versículo que salta con vida, una enseñanza que no solo informa, sino que direcciona. No como información general, sino como instrucción específica.

También puede venir a través de circunstancias que Dios permite o cierra. Puertas que se abren con claridad, o que se cierran sin explicación. Pero aquí es donde se requiere discernimiento, porque no toda circunstancia es automáticamente dirección divina. Debe ser confirmada internamente.

En **Hechos 13:2** vemos una expresión clara de esto: *“Ministrando estos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo...”*. Aquí no hubo trompeta audible, pero hubo dirección clara. Y esa dirección fue recibida en un contexto de búsqueda, de comunión, de sensibilidad. Esto nos muestra algo fundamental: la dirección de Dios se percibe mejor en un ambiente de comunión.

El problema es que muchos quieren oír las “trompetas” sin estar en posición de escucha. Viven ocupados, distraídos, saturados de información, pero sin espacios reales de quietud espiritual. Y en medio de ese ruido, la voz del Espíritu pasa desapercibida.

También debo mencionar que conozco hermanos con toda la intención de oír, pero no tienen cuidado a la hora de pasar tiempo de calidad con Dios, por lo tanto, creen escuchar en medio de sus ruidos, familiarizando la delicada voz del

Espíritu Santo, a tal grado, que terminan otorgando su dirección a todo sentir interno. Estos hermanos también fallan gravosamente, porque se lo pasan diciendo: “Dios me dijo” “Dios me dio” y en realidad Dios no les dijo nada.

Esta actitud de familiaridad con la voz de Dios es muy peligrosa, porque estos hermanos comienzan a caminar honestamente engañados por su propio corazón y en muchos casos, terminan siendo afectados por las mismas tinieblas, ya que sus decisiones personales terminan siendo evidentemente erradas y carentes de fruto.

Por eso, aprender a oír hoy implica aprender a detenerse. A crear espacios donde el alma se aquieta y el espíritu puede percibir. El **Salmo 46:10** dice: ***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios...”*** La quietud no es pasividad, es posicionamiento. Es el lugar donde la percepción espiritual se activa y donde la delicada voz del Espíritu puede identificarse claramente.

Pero también implica obediencia. Porque no basta con oír, hay que responder. En el desierto, cuando sonaba la trompeta, el pueblo debía moverse. No analizar, no debatir, no postergar. Debía moverse.

Hoy ocurre lo mismo. Cada vez que el Espíritu da una dirección, hay una decisión: obedecer o ignorar. Y esa decisión define la sensibilidad futura. El que responde, afina su oído. El que ignora, lo endurece aún más.

Isaías 50:4 y 5 lo describe de manera hermosa: *“Jehová el Señor me dio lengua de sabios... despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde...”* Aquí vemos una secuencia: Dios habla, el oído se abre, y la respuesta es obediencia. Esto es clave: el oído espiritual no solo se abre para escuchar, se abre para obedecer.

Otro aspecto importante es que no todas las trompetas suenan para todos en el mismo momento. Dios trata con cada persona de manera específica. Lo que Él está indicando a uno, puede no ser lo mismo para otro. Por eso, comparar direcciones es un error. El llamado es personal. Y cada uno debe aprender a discernir la voz de Dios para su propia vida.

Sin embargo, también hay momentos donde Dios habla a Su pueblo de manera colectiva. Donde hay un sentir común, una dirección compartida. Y allí, el Espíritu confirma internamente lo que está haciendo externamente. Pero en ambos casos, la clave sigue siendo la misma: “sensibilidad”.

¿Esto implica riesgos? Sí, claro, todo lo que viene del plano espiritual puede ser riesgoso si se trata livianamente o con descuido. Sin embargo, no debemos actuar como algunos ministros, que enseñan descalificando todo lo que Dios puede hablar, diciendo que Dios solo habla por medio de la Biblia, no por medio de Su Espíritu Santo. Eso es un disparate fatal, porque tira por tierra la gloriosa dinámica del Nuevo Pacto, desechando definitivamente la voz de Dios.

Estos ministros son los que apelan a las estructuras, funcionan por lo que otros han establecido y no se atreven a obedecer al Espíritu Santo. Por tal motivo, descalifican el evangelio del Reino, desconociendo la necesidad de oír para vivir bajo gobierno. Estos ministros son religiosos, tienen miedo y se defienden juzgando a todos los que decimos que el Espíritu Santo continúa hablando y que debemos doblegarnos a Su voluntad.

Hoy más que nunca, el desafío no es hacer más, es escuchar mejor. No es correr más rápido, es moverse en el momento correcto. No es llenar la agenda, es responder a la dirección del Espíritu Santo. ¡Tenemos que devolverle el gobierno de la Iglesia al Señor!

En el Reino, no se trata de saber que Dios dirige, eso no se discute. Se trata de oír cuándo Él habla, y movernos cuando Él lo indica. Quienes hemos aprendido a vivir así, no necesitamos ver una nube ni oír trompetas de bronce. Porque llevamos dentro de nuestro ser la guía del Espíritu Santo, marcando cada paso con precisión divina.

Esto no nos vuelve infalibles, porque Dios no habla todo continuamente, solo lo hace cuando lo considera necesario. Lo hace a Su tiempo y lo hace a Su manera, pero es nuestro deber estar atentos, listos, dispuestos y determinados a oír Su valiosa voz.

## Capítulo veintidós

# VIVIR, MOVERNOS Y SER EN ÉL

*“Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; como algunos de vuestros propios poetas también han dicho: Porque linaje suyo somos”.*

Hechos 17:28

Hay una diferencia abismal entre seguir a Dios y vivir en Dios. Seguir implica movimiento detrás de alguien; vivir en Él implica una unión constante, una realidad continua donde ya no hay separación entre la vida del creyente y el flujo del Reino.

El apóstol Pablo pronunció esta frase en el Areópago de Atenas, que era la colina donde sesionaba el consejo de la ciudad. Lo hizo durante su famoso discurso a un grupo de filósofos estoicos y epicúreos, para explicarles que el Creador no es un ídolo de piedra, sino un Dios vivo, cercano y sustentador de toda la vida.

Esta declaración no fue poética, sino que fue una descripción espiritual de la vida en el Reino. Pablo no dijo

que Dios está ocasionalmente presente en nuestras vidas, dijo que toda nuestra existencia está contenida en Él, porque en Él vivimos, nos movemos y somos. Esto redefine completamente la manera en que entendemos el movimiento de Dios.

Ya no se trata de momentos donde Dios interviene, sino de una vida donde todo ocurre dentro de Su presencia. Ya no es que Dios se mueve y nosotros lo seguimos desde afuera, es que vivimos dentro de ese movimiento. Esto cambia la perspectiva.

Porque cuando alguien vive “en Él”, no necesita buscar a Dios como si estuviera lejos. Vive consciente de Su cercanía, de Su guía, de Su presencia constante. **Colosenses 3:3** lo expresa así: *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*. Esto significa que la verdadera vida del creyente no se define por lo visible, sino por su posición espiritual.

Vivir en Él implica que la fuente de todo ya no está en uno mismo. Las decisiones, las acciones, las palabras, todo fluye desde esa unión. Jesús lo explicó con una imagen clara en **Juan 15:4 y 5**: *“Permaneced en mí, y yo en vosotros... el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer”*. Aquí se revela el principio de permanencia. Lo cual no es una visita ocasional, es una permanencia continua.

El problema de muchos hermanos es que viven la vida cristiana como momentos de conexión. Oran, buscan, se acercan, pero luego vuelven a vivir desde sí mismos. Y ese ciclo genera una vida inestable, donde hay momentos de claridad y momentos de desconexión.

Pero el diseño del Reino no es intermitente, es permanente. Vivir en Él significa que no hay áreas independientes. No hay espacios donde Dios no gobierna. Todo está bajo Su autoridad, bajo Su dirección, bajo Su presencia. Esto no es teoría, es práctica diaria.

Significa que cada decisión se toma desde esa unión, que cada paso se da desde esa conciencia. que cada reacción se filtra desde esa relación. En **Gálatas 2:20** el apóstol Pablo lo expresa de manera contundente: *“ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí...”* Esto no es una metáfora, es una realidad espiritual. El “yo” deja de ser el centro, y Cristo toma el lugar de gobierno.

Y aquí es donde muchos luchan. Porque vivir en Él implica rendición total. No parcial, no momentánea, no selectiva. Total. Sin embargo, el hombre natural quiere mantener control. Quiere decidir, quiere definir, quiere manejar su vida. Pero el Reino funciona de otra manera: se vive desde la entrega, y esa entrega no es pérdida, es alineación.

Porque cuando el hombre deja de gobernarse a sí mismo, entra en el gobierno perfecto de Dios. Y allí

encuentra algo que no puede producir por sí mismo: vida verdadera. **Juan 10:10** lo dice claramente: ***“yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”***. Esa vida no se encuentra fuera de Él, se encuentra en Él.

Esto también redefine la manera en que entendemos el mover de Dios en lo cotidiano. Porque ya no se trata solo de grandes decisiones o momentos importantes. Cada detalle de la vida se convierte en un espacio donde Dios se mueve. Lo cotidiano se vuelve espiritual, lo simple se vuelve significativo, lo pequeño se vuelve parte del propósito.

Porque cuando se vive en Él, no hay separación entre lo espiritual y lo natural. Todo está integrado. **Efesios 1:23** dice que la Iglesia es ***“la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”***. Esto muestra que Dios no está limitado a ciertos espacios, Él llena todo. Y el creyente, al vivir en Él, participa de esa plenitud. Pero esto requiere conciencia. Porque se puede estar en Él... y no vivir consciente de ello.

Es como alguien que está dentro de una casa, pero actúa como si estuviera afuera. Tiene acceso, tiene cobertura, tiene provisión, pero no lo aprovecha porque no lo reconoce. Por eso, vivir en Él también implica renovar la mente. **Colosenses 3:2** dice: ***“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”***. No como evasión, sino como enfoque. Es vivir consciente de una realidad superior que gobierna lo visible.

Esto produce estabilidad. Porque el que vive en Él no depende de las circunstancias para mantenerse firme. Su vida no está anclada en lo que cambia, está anclada en Aquel que permanece. **Salmos 16:8** lo expresa así: ***“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido”***. Aquí está la clave: “siempre delante de mí”. No ocasionalmente, no cuando hay necesidad, siempre.

En el Reino, el mayor nivel no es seguir a Dios desde afuera, es vivir dentro de Él y Él dentro de nosotros. Y aquellos que entramos en esta dinámica, ya no buscamos el mover de Dios como algo externo, porque descubrimos que nuestra vida de manera integral está contenida dentro de ese mover divino.



# Capítulo veintitrés

## REFORMA NECESARIA

*“Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad”*

Daniel 12:3

A lo largo de toda la historia bíblica, cada vez que el pueblo de Dios perdió el movimiento, fue necesario un proceso de reforma. No un cambio superficial, no un ajuste externo, sino una intervención profunda que corrigiera lo que se había desviado y restaurara la alineación con Dios.

La reforma no nace del deseo de innovar, nace de la necesidad de volver a la esencia. Cuando algo se ha desviado, no se resuelve agregando más actividad, se resuelve volviendo al origen. Y ese origen no es una estructura, es la presencia de Dios.

**Jeremías 6:16** lo expresa con una claridad contundente: *“Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas... y hallaréis descanso para vuestra*

*alma*”. Esto no es un llamado a vivir en el pasado, es un llamado a volver al diseño original. A reencontrarse con lo que Dios estableció desde el principio.

Porque muchas veces, en el intento de avanzar, se han incorporado elementos que no provienen de Dios. Métodos, enfoques, prioridades que pueden parecer útiles, pero que no nacieron del Espíritu. Y con el tiempo, esos elementos terminan desplazando lo esencial.

La reforma comienza cuando se reconoce que algo no está bien. Este es el primer paso, y el más difícil. Porque implica humildad. Implica admitir que, aunque haya actividad, algo se ha perdido. Que, aunque haya resultados, falta dirección. Que, aunque haya estructura, no hay vida.

**Apocalipsis 3:1** contiene una de las declaraciones más fuertes de Jesús a una iglesia: *“Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto”*. Esto es estremecedor. Hay nombre, hay reputación, hay apariencia, pero no hay vida. Y esto puede ocurrir sin que muchos se den cuenta.

Por eso, la reforma comienza con una confrontación interna. No con otros, con uno mismo. ¿Estoy realmente alineado? ¿Estoy caminando en el movimiento de Dios o simplemente sosteniendo algo que ya no tiene vida? Cuando esta pregunta se responde con honestidad, comienza el proceso.

El siguiente paso es el arrepentimiento. Pero no como un acto emocional, sino como un cambio de dirección. **Apocalipsis 2:5** dice: “*Recuerda... arrepíentete... y haz las primeras obras*”. Esto implica volver al punto donde se perdió la alineación.

El arrepentimiento no es solo dejar lo incorrecto, es retomar lo correcto. Es volver a la comunión, a la dependencia, a la sensibilidad. Es quitar lo que ocupa el lugar de Dios y restaurar la centralidad de Su presencia.

Esto puede implicar decisiones difíciles. Ajustes que no siempre son cómodos. Renunciar a cosas que, aunque funcionan, no provienen de Dios. Reordenar prioridades. Cambiar enfoques. Porque la reforma no es cómoda, pero es necesaria.

En tiempos de reforma en la Escritura, como en los días de Josías (**2 Reyes 22 y 23**), lo primero que ocurrió fue el redescubrimiento de la Palabra. Y cuando la Palabra volvió a ocupar su lugar, todo lo demás tuvo que ajustarse. Se derribaron altares, se eliminaron prácticas incorrectas, se restauró la adoración verdadera. No porque fuera popular, sino porque era necesario.

Esto muestra que la reforma siempre tiene un costo. Pero no reformar tiene un costo mayor: seguir desconectados del movimiento de Dios. Hoy, la Iglesia necesita esta reforma. No necesariamente en lo externo, sino en lo interno.

Volver a la esencia del Reino, volver a la vida en el Espíritu, volver a la dependencia real de Dios.

No se trata de cambiar formas por cambiar, sino de evaluar si lo que estamos haciendo está alineado con lo que Dios está haciendo. Porque se puede tener tradición sin vida, se puede tener doctrina sin dirección, se puede tener actividad sin presencia y nada de eso sustituye el mover de Dios.

La reforma también implica discernir qué mantener y qué soltar. No todo debe ser eliminado, pero todo debe ser evaluado. Porque incluso lo que fue correcto en una temporada, puede no serlo en otra.

**Isaías 1:13** dice: *“No me traigáis más vana ofrenda...”* Esto muestra que algo que en un tiempo fue válido, puede volverse vacío si pierde su conexión con Dios. Por eso, la reforma no es solo quitar lo malo, es revisar lo bueno para asegurarse de que sigue alineado.

Esto requiere valentía. Porque muchas veces, lo que necesita ser ajustado está profundamente arraigado. Son formas, costumbres, estructuras que han sido parte de la vida espiritual durante años. Pero si no están alineadas, deben ser corregidas.

Jesús lo expresó de manera clara en **Juan 4:23**: *“los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad...”* No en forma, no en tradición, sino en realidad

espiritual. Este concepto llegó para cambiar por completo lo que los religiosos en Israel consideraban como adoración.

La reforma verdadera no busca impresionar, busca agradar a Dios. Y cuando ocurre, produce algo evidente: vida. La presencia de Dios vuelve a manifestarse. La dirección se restaura. El propósito se activa. Porque cuando la Iglesia se alinea, el Reino fluye.

La pregunta entonces es inevitable: ¿qué necesita ser reformado en nuestra vida? ¿Habrán áreas donde estamos funcionando, pero no estamos alineados? ¿Habrán estructuras que sostenemos, pero que ya no tienen vida? ¿Habrán decisiones que tomamos sin dirección y que necesitan ser ajustadas? Porque la reforma no comienza en la iglesia como institución, comienza en el corazón de cada uno de nosotros.

Al final, Dios no busca perfección, busca disposición, y cuando encuentra corazones dispuestos, inicia procesos de reforma que restauran Su movimiento en la Iglesia. No confiemos en nuestro corazón, pensando rápidamente que no tenemos nada que reformar. Permitamos que el Espíritu Santo, sea quien nos traiga convicción de nuestra verdadera condición espiritual.

***“¿Quién se da cuenta de sus propios errores?”***

***Librame, Señor, mis faltas ocultas”***

Salmo 19:12 DHH

# RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal [www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## **Pastor y maestro**

*Oswaldo Rebolleda*

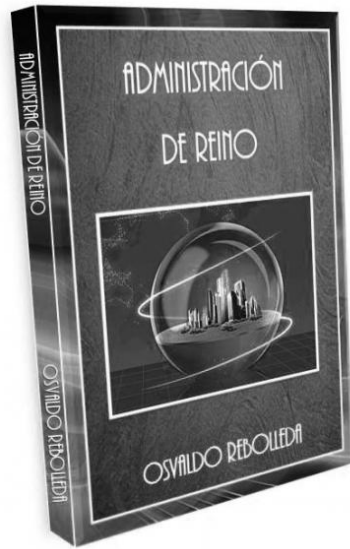
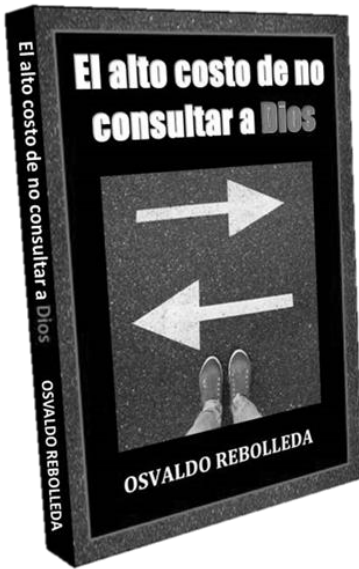


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

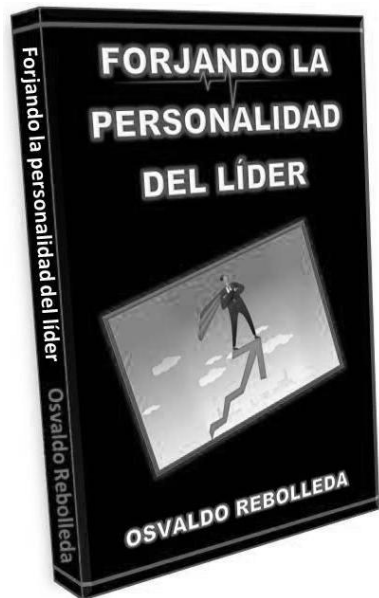
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)  
Y ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

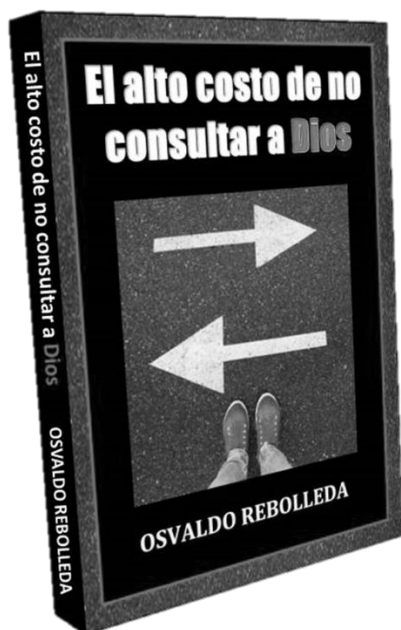


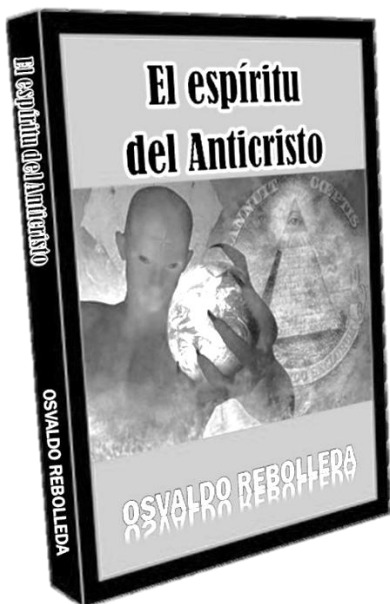
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



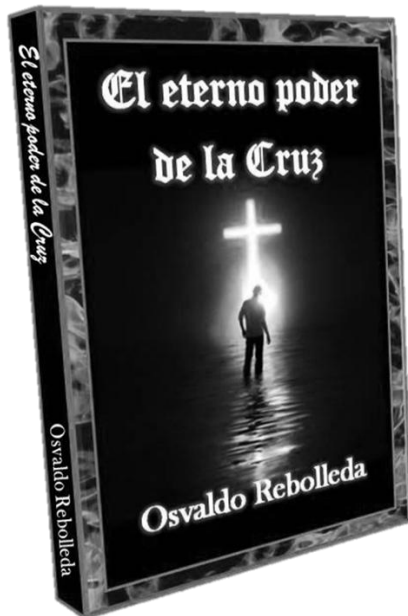
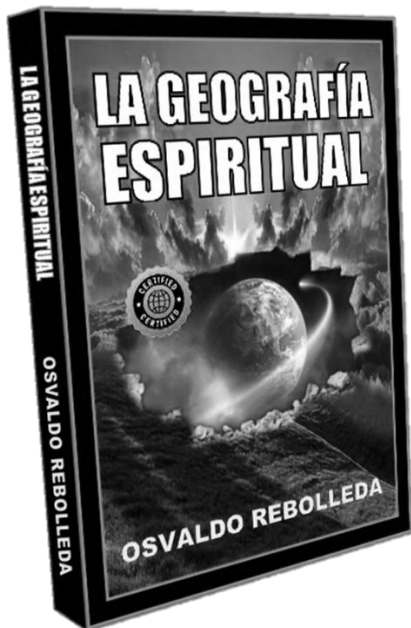


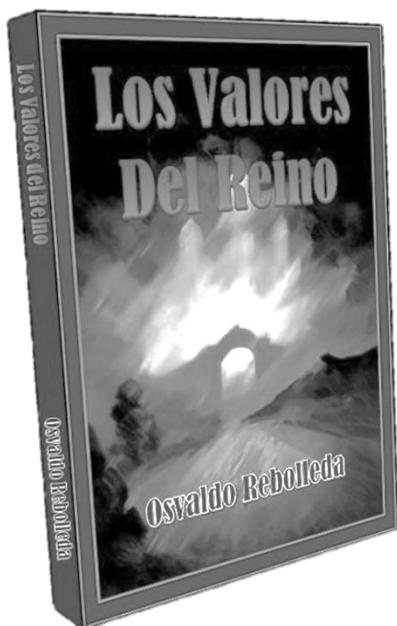
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

